



DÍA

Gayle Wilson

eLit



DÍA

Gayle Wilson

eLit

DÍA

Gayle Wilson



Índice

Día

Argumento

Créditos

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Epílogo

Argumento:

Duncan Culhane era un ex agente de la CIA cuya misión era ahora ayudar a la viuda de su mejor amigo. ¿Su empeño en dar con el tesoro de sus abuelos era reflejo de la pasión que sentía, o del sentimiento de culpabilidad que lo atormentaba?



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2001 Mona Gay Thomas. Todos los derechos reservados.
Día, N° 60 - noviembre 2017
Título original: Day
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises Ltd.
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2002.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-9170-598-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Capítulo 1

—¿Duncan?

Había recibido la llamada en el teléfono móvil, lo que significaba que la voz que estaba oyendo era la de una amiga, no una clienta. Sin embargo, dentro del exclusivo círculo de los que Duncan Culhane consideraba sus amigos, aquella era la última voz que esperaba oír. No había ni una docena de personas que supieran aquel número, y la mujer que acababa de decir su nombre no era una de ellas.

Y no porque no hubiera querido dárselo. En realidad, habría estado dispuesto a darle cualquier cosa que ella le pidiera. Pero ella nunca le había pedido nada.

Y aunque habían pasado cinco años desde la última vez que había oído su voz, no había cambiado en absoluto el efecto que tenía sobre él. Incluso en aquel momento, después del tiempo pasado, sintió un intenso calor en sus genitales.

Era el resultado de un deseo que no había confesado jamás. Y menos a ella.

—¿Andrea?

Le encantó la firmeza de su voz. Y especialmente el haber sido capaz de imprimir una ligera vacilación a su tono, como si no estuviera seguro de que fuera ella. Aunque habría reconocido su voz en una habitación a oscuras y rodeado de miles de mujeres.

Él era capaz de distinguir su presencia haciendo lo que hacía cada vez que estaba cerca de ella. Le bastaría con respirar el aire que la rodeaba y llenarse de la sutil fragancia de su piel, como había hecho cada vez que le besaba la mano o la mejilla.

Jamás había habido otro contacto físico entre ellos, Andrea había sido la esposa de su mejor amigo, de modo que no le había quedado otra opción que guardar las distancias. Y probablemente era más

necesario continuar manteniéndolas después de que Paul Sorrenson hubiera muerto.

–Griff me sugirió que te llamara. Espero haber hecho bien.

Debería habérselo imaginado, pensó Duncan, mientras se reclinaba en el sillón de cuero. Andrea nunca lo habría llamado por iniciativa propia. Debería haberlo sabido antes de permitirse sentir aquella fuerte excitación.

–Claro que has hecho bien. Me alegro mucho de oírte. Hace mucho tiempo que no hablamos.

Se produjo un pequeño y tenso silencio, como si Andrea estuviera intentando encontrar una respuesta.

–Tengo un problema, Duncan.

Y esa era la razón por la que Griff le había sugerido que se pusiera en contacto con él, por supuesto. Cualquiera que buscara los servicios de Phoenix Brotherhood normalmente lo hacía a través de un intermediario. Pero como Paul Sorrenson había sido miembro del grupo antiterrorista de élite que Griff Cabot había formado en la CIA, Andrea tenía acceso inmediato a ellos.

Los miembros de Phoenix eran, al igual que el propio Duncan, antiguos agentes que trabajaban para una organización privada creada por Cabot después de que la CÍA disolviera el Equipo de Seguridad Exterior. La agencia había decidido que, una vez acabada la Guerra Fría, nadie utilizaría sus servicios.

Pero aunque el gobierno declarara que ya no necesitaba de sus habilidades, al parecer había multitud de personas que las encontraban valiosas a juzgar por los dividendos que compartían.

–¿Qué clase de problema? –preguntó, al tiempo que intentaba atemperar la respuesta emocional que la voz de Andrea evocaba.

Agarraba el teléfono con la mano derecha, una obra de arte hecha con plástico y sistemas electrónicos y cubierta de piel sintética, de la que sus creadores estaban más que orgullosos. Con la otra mano,

eligió un bolígrafo de los que tenía en el escritorio.

Nunca había llegado a dominar el arte de escribir con la mano izquierda, al menos no tan bien como le habría gustado. Pero aun así, normalmente era capaz de descifrar las notas que él mismo garabateaba sobre los casos que le eran asignados. Normalmente.

— Es algo que tiene que ver con mis abuelos — contestó Andrea.

El bolígrafo caminaba vacilante sobre el papel mientras Duncan digería aquella información. Teniendo en cuenta que Andrea debía de tener unos treinta y cinco años, sus abuelos, como poco, tendrían más de ochenta.

— ¿Han tenido algún problema serio?

— En realidad no es un problema. Es un asunto un poco complicado. A lo mejor no te apetece ocuparte de él. Griff me ha dicho que estabas en San Francisco... — vaciló un instante—. He pensado que podríamos vernos en alguna parte y hablar.

La sugerencia quedó flotando entre ellos durante algunos segundos, provocando la misma clase de calor que minutos antes envolvía el cuerpo de Duncan. Aquella vez, la sensación se unía a un cierto toque de ansiedad, incluso quizá de tristeza. Sentimientos que Duncan creía haber dejado tras él mucho tiempo atrás.

Quizá fue esa la razón por la que se mostró de acuerdo. Eso y el hecho de que si no hubiera sido por Paul Sorrenson él no estaría allí.

— Por supuesto — contestó Duncan, sintiendo cómo aumentaba su tristeza—. Dime dónde y cuándo.

En cuanto había sugerido un restaurante, Andrea había comenzado a dudar de lo que había hecho. Quizá, al optar por un almuerzo, había convertido lo que tenía que ser una reunión estrictamente de negocios en otra cosa.

Pero estaba dándole demasiada importancia, se regañó. Duncan solo era un viejo amigo y se había dirigido a él por intermediación de

su jefe. Y comprendería perfectamente el motivo de su invitación.

Tomó aire, algo que había hecho varias veces desde que había marcado su número. Se dio cuenta de que le temblaba la mano.

Duncan nunca había sabido lo que sentía por él. Y ella no creía que eso se debiera a su propia capacidad para disimular. Cuando se había enamorado de Duncan diez años atrás, estaba segura de que él lo averiguaría. Quizá, en secreto, hasta anhelara que llegara el momento en el que lo hiciera.

Pero Duncan nunca había parecido advertir sus sentimientos. Al fin y al cabo, ella no era la clase de mujer por la que Duncan se sentiría atraído. Probablemente jamás había pensado en ella con un posible interés romántico.

Como consecuencia de aquel inconsciente rechazo, las atenciones que Paul le prestaba habían sido el mejor bálsamo para su maltratado ego. A veces se preguntaba si no habría sido ese el motivo por el que al final había aceptado casarse con él. Y después se sentía desleal por considerar siquiera aquella posibilidad.

— ¿Andrea?

Alzó la mirada del vaso de agua con el que había estado jugando y descubrió frente a ella los ojos azules más intensos que había visto en su vida. El paso de los años no los había apagado. Continuaban siendo idénticos a la última vez que los había visto.

Pero cuando tuvo tiempo de fijarse en el resto de sus facciones, pudo comprobar que en ellas sí había habido algunos cambios. Ninguno que lo hiciera parecer menos atractivo, por lo menos para ella, pero el tiempo había dejado su huella en aquel duro rostro.

Estaba más delgado. Y las pequeñas arrugas que irradiaban de las comisuras de sus ojos eran más profundas. Incluso sus labios parecían más duros. Y había algunas canas en sus sienes, que destacaban especialmente por el negro azabache de su pelo.

— ¿Cómo estás? — le preguntó, tendiéndole la mano.

Todavía nerviosa por aquel reencuentro, había hecho aquel gesto sin pensar. Y en aquel momento ya no estaba segura de qué sería peor: si apartar la mano o fingir que no sabía lo que le había pasado.

La tardanza de la respuesta de Duncan fue menos obvia que durante su conversación telefónica. A lo largo de esta, Andrea había llegado a temer que, a pesar de lo que Griff le había asegurado, Duncan se negara a encontrarse con ella.

Pero la vacilación de Duncan fue suficientemente breve para que Andrea no sintiera nada más que un ligero bochorno antes de sentir la mano izquierda de Duncan alrededor de la suya. Duncan se llevó su mano a los labios antes de soltarla.

—Creo que nos conocemos suficientemente bien como para limitarnos a un apretón de manos —dijo con naturalidad—. ¿Qué tal estás?

—Bien —mintió Andrea.

—Desde luego —contestó Duncan sonriente mientras se sentaba frente a ella, utilizando hábilmente la mano que se había negado a estrecharle.

Andrea mantenía los ojos fijos en su rostro, concentrada en mantener la sonrisa.

—Se supone que eso es un halago —contestó, sin dejar de sonreír—. Pero no me impresiona. Siempre se te han dado bien los halagos.

Andrea había pasado un par de horas decidiendo qué ponerse. Y otra intentando asegurarse de que el maquillaje y el peinado estaban perfectos.

—No necesitas los halagos de nadie —repuso Duncan—. Debería bastarte con mirarte al espejo. Se supone que en cinco años una persona cambia.

—Estaba pensando lo mismo.

Duncan no rio. Le sostuvo la mirada sin sombra de sentirse

avergonzado.

Pero Andrea no podía decir lo mismo de sí misma. Sentía un intenso calor extendiéndose por su rostro. Y con una piel tan blanca como la suya, no tenía ninguna duda de que Duncan sería consciente de su revelador sonrojo.

– ¿Todavía te dedicas al arte? – preguntó Duncan, ignorando su incomodidad.

– Al diseño gráfico – afirmó, aferrándose a aquella conversación –. Ahora tengo mi propia empresa – le sonrió.

– Jamás he dudado de que tendrías éxito en cualquier cosa que te propusieras.

– Me gustaría que hubieras estado cerca para decírmelo cuando por fin decidí lanzarme por mi cuenta. Necesitaba que alguien me ayudara a aumentar mi confianza en mí misma.

Duncan sonrió, pero no abundó en el tema. Probablemente lo estaba aburriendo, pensó Andrea.

– ¿Quieres hablar de tu «problema» antes o después del almuerzo? – preguntó Duncan, reforzando aquella impresión.

– Probablemente antes y después. Ya te he dicho que es... un poco complicado.

– Has dicho que era algo relacionado con tus abuelos.

Duncan aceptó la carta que el camarero le tendió y sus ojos abandonaron el rostro de Andrea por primera vez desde que se había sentado. Liberada de la intensidad de su mirada, la propia. Andrea se permitió estudiar la carta, agradeciendo aquella oportunidad de recobrar la compostura.

Esperó a que el camarero tomara nota de sus pedidos y se marchara antes de contestar a su pregunta. Cuando empezó, eligiendo cuidadosamente cada una de sus palabras, solo podía esperar que Griff Cabot supiera exactamente lo que estaba haciendo.

—Los sacaron ilegalmente de Hungría con la ayuda de una organización católica que, de alguna manera, se dio cuenta de lo que estaba sucediendo. O, mejor dicho, de lo que iba a suceder. Mi abuelo no quería irse, pero mi abuela estaba embarazada de su primer hijo y estaba aterrada por los rumores que corrían por el este de Europa. No estoy segura de si llegaban a creérselos, de hecho, casi nadie los creía, pero no quisieron arriesgarse.

—Y fueron afortunados.

A partir de lo que le había contado, Duncan ya había empezado a imaginarse el tipo de situación que podía haber impulsado a Andrea a llamar a Phoenix en nombre de sus abuelos. Teniendo en cuenta que habían podido escapar, Duncan había descartado ya la posibilidad de que hubieran terminado en un campo de concentración y pretendieran llevar a algún criminal de guerra ante la justicia.

Lo más probable era que quisieran recuperar el dinero que se habían visto obligados a dejar en alguna cuenta. Suiza, quizá.

—Solo pudieron llevarse lo puesto —continuó Andrea—. Tuvieron la suerte de poder salir vivos, pero al mismo tiempo, lo perdieron todo. Los recuerdos de la familia, las fotografías... y, con el tiempo, también todos los parientes que tenían en Europa.

—Lo siento —dijo Duncan, suavemente.

Andrea sacudió la cabeza y alzó las manos, con un pequeño gesto de resignación.

—Su historia no tiene nada de especial. Lo sé. Y ellos también. Quizá lo más especial fue la bienvenida que tuvieron mis abuelos después de la guerra. Él era médico, había estudiado en las mejores universidades europeas. Solo tenía una parte de sangre judía, así que, antes de la ocupación nazi, incluso había podido impartir clases en la Universidad de Budapest. Sin embargo, a la larga...

Duncan esperó mientras ella hacía una pausa; quería ser paciente y dejarla terminar a su modo. Además, eso le permitía estudiarla más abiertamente. A pesar de lo que antes le había dicho, Andrea sí había,

cambiado.

Había domado su melena rizada y una melena corta enmarcaba su rostro. Aunque parecía un peinado natural, Duncan sospechaba que era la obra de un profesional.

Y había al menos otro cambio notable. La última vez que había visto a Andrea Sorrenson no había en sus ojos aquella sombra de recelo. Por supuesto, aquello había sido antes de la muerte de su marido.

Duncan no había estado en condiciones de asistir al funeral de Paul. Todavía estaba en el hospital, lo que probablemente había sido preferible. Al menos, así había tenido una excusa para no tener que enfrentarse directamente a Andrea.

—Y hace dos semanas, vieron esto —le explicó, haciéndolo volver al presente.

Andrea sostenía un folleto en la mano, con el brazo extendido sobre la mesa. Duncan lo tomó con la mano derecha, una costumbre con la que no había sido capaz de romper. Ni siquiera se dio cuenta de lo que estaba haciendo hasta que ambos intentaron hacer el cambio.

Durante un segundo sus dedos estuvieron sobre el folleto al mismo tiempo.

No se atrevía a mirarla a la cara. Afortunadamente, el folleto le daba una razón válida para no mirarla a los ojos. Al fijarse en él, se dio cuenta de que era un catálogo de una casa de subastas de San Francisco.

Sosteniendo el mini catálogo cuidadosamente con la mano derecha, lo abrió con la izquierda, felicitándose por no haber dejado caer ese maldito folleto sobre el arreglo de flores. En su interior había varios cuadros y, evidentemente, los objetos que se ofrecían en la subasta. Uno había sido rodeado por un círculo rojo. Aunque la fotografía era muy pequeña, podía verse que se trataba de una caja de cristal. Reconoció al instante el nombre que aparecía debajo. Alzó la mirada, dejando que una de las páginas del folleto cayera sobre el

pulgar de la prótesis y alzó las cejas con expresión interrogante.

–Era de mi abuela. Es una caja de música y por lo que he podido averiguar, es la única que hizo Rene Lalique. Mi bisabuelo la encargó en París para regalársela el día de su boda.

Aquella era una vieja historia que le resultaba familiar. Cuando los nazis arrasaron Europa, robaron innumerables obras de arte, muchas de las cuales nunca habían sido devueltas. La mayor parte de ellas habían pasado a formar parte de colecciones privadas de diferentes continentes.

–Mi abuela la reconoció inmediatamente, pero es imposible demostrar que es ella la auténtica propietaria. Yo lo he intentado, esperando que todavía hubiera algún resguardo de aquel pedido tan especial en París.

–Y no lo has encontrado –contestó Duncan.

–A lo mejor nunca hubo un resguardo. Es posible que Lalique hiciera esa caja como un favor especial para mi bisabuelo y entre ellos solo hubiera un acuerdo verbal. Mi abuela dice que hizo otras cosas para la familia. Sin embargo, la caja era la más especial para ella. No solo porque era un regalo de boda, sino porque había sido elegida por su padre.

–Así que quieres que me acerque a la casa de subastas y presente una queja.

Una vez más, Duncan volvió a preguntarse por qué Griff lo habría sugerido para realizar aquel trabajo. Él no era ningún experto en arte. Era cierto que estaba en la Costa Oeste, pero teniendo en cuenta la frecuencia de vuelos desde Nueva York, el propio Griff podría haberse desplazado a San Francisco. Y el pasado de Cabot seguramente lo capacitaba más que a él para esa clase de asuntos.

Andrea vaciló un momento antes de decir:

–Yo ya llamé a la casa de subastas. Después de solicitarle permiso, me pusieron en contacto con el propietario de la colección.

—¿Con el propietario? —preguntó Duncan, volviendo a fijar la mirada en el folleto para ver si estaba allí el nombre. Lo leyó al mismo tiempo que Andrea lo pronunciaba.

—Bill Helms.

Era uno de esos genios de la informática cuyos nombres les resultaban tan familiares a los americanos como el del mismísimo presidente.

—Fue sorprendentemente amable conmigo —continuó—. Cuando le expliqué por qué lo llamaba, se mostró de acuerdo en devolverme la caja en cuanto hubiera terminado la presentación previa de la subasta. Y sin necesidad de que presentara ningún documento que apoyara la reclamación de mi abuela. Teniendo en cuenta el valor de esa caja, se mostró increíblemente generoso. Parecía sinceramente consternado cuando le expliqué el origen de la caja.

—Y no hizo ninguna pregunta —sugirió Duncan.

Lo cual significaba que estaba al corriente de que aquel objeto, y quizá otros de su colección, no soportarían un escrutinio público. El propietario se había mostrado dispuesto a devolver la caja de música para evitar preguntas.

—Tampoco yo le pregunté nada. Mi abuela tiene ochenta y dos años y mi abuelo cinco años más y un cáncer de próstata. Yo le estaba enormemente agradecida por haberse mostrado dispuesto a devolverme la caja.

—Y quieres que me haga cargo de asegurarte el intercambio.

Una gran parte de los encargos que llegaban a Phoenix Brotherhood eran servicios de protección de diferentes clases. Griff nunca le había pedido que protegiera una obra de arte, pero Duncan imaginaba que los procedimientos para hacerlo no eran muy distintos de los requeridos para otro tipo de intercambios. Y por lo menos en aquel, la mercancía no estaba viva. De modo que si surgía algún problema, nadie moriría.

— Te lo advertí — dijo Andrea —. Esta es la parte en la que la cosa comienza a complicarse.

Se llevó la copa de agua a los labios, bebió un largo sorbo y miró a Duncan por encima del borde.

— Alguien la robó — le dijo.

— ¿La robó? ¿Robó la caja de música?

— Al igual que el resto de los objetos de la colección, la mayor parte de ellos mucho más valiosos que la cajita de mi abuela. Cuando esta mañana he ido a la casa de subastas para hacer los arreglos finales, todo el mundo parecía ligeramente inquieto. Me han contado lo del robo de forma estrictamente confidencial. Todavía no lo han hecho público, supongo que para no poner en juego su reputación. Aunque siendo la subasta esta noche, no sé si podrán ocultarlo durante mucho más tiempo.

— ¿Esto ocurrió ayer por la noche?

— Sí. Hubo una recepción en el hotel Carlyle para que los futuros asistentes a la subasta tuvieran oportunidad de ver previamente la colección. La lista de invitados era, como podrás imaginarte, muy selecta.

— ¿El servicio de seguridad?

Andrea abrió los ojos como platos, un poco sorprendida por la brusquedad de su tono.

— ¿Qué tipo de seguridad emplearon? — le aclaró.

Por fin comenzaba a encontrar sentido a la decisión de Griff. Duncan era un experto en diseños de seguridad. En cuanto estuviera al corriente del sistema que habían utilizado para proteger la colección, probablemente sería capaz de averiguar lo que había salido mal. Y cuando comprendiera cómo había operado el ladrón, tendría alguna pista de quién andaba involucrado en aquel robo.

— No lo he preguntado — contestó Andrea —. El señor Helms me

dijo que habían contratado a la mejor empresa de seguridad y tenían a su disposición equipos antirrobo inigualables. Obviamente, él puede permitirse lo mejor. Pero aun así... le robaron.

Duncan intentó decidir a quién habría llamado él para que se hiciera cargo de proteger un proyecto como aquel. Helms, indudablemente, tendría sus propios expertos en seguridad. Sin embargo, Andrea había insinuado que había contratado a alguien de fuera para que se hiciera cargo de la protección de las piezas. ¿O sería quizá para no dejar rastro del robo, porque en realidad aquello no había sido un robo, sino una especie de fraude?

– Quiere recuperar la colección, por supuesto – dijo Andrea –. Y si no lo consigue...

– Tu abuela no recuperará la caja de música.

– Ofrece una gran recompensa.

– Pero a cambio no quiere preguntas – volvió a decir Duncan.

– Es la segunda vez que lo dices – comentó Andrea.

– Parece que Helms no está dispuesto a contestar preguntas sobre el origen de la colección. Me sorprende incluso que haya permitido que se hicieran públicas las fotografías del folleto.

Andrea parecía perpleja.

– Era la colección de su tío. Él no tiene nada que ver con su origen. En cuanto a lo que al folleto concierne, fue enviado a gente muy selecta. Mis abuelos no estaban incluidos en la lista. Mi abuela vio el folleto en casa de una amiga y reconoció inmediatamente la caja. Lo primero que se le ocurrió fue intentar comprarla, pero si mis abuelos hubieran tenido que licitar en la subasta, se habrían quedado sin ahorros. Y además...

– La caja es suya – dijo Duncan con sencillez.

– Exacto – se mostró de acuerdo Andrea –. Y yo quiero que vuelva a serlo. Griff dice que eres la persona más indicada para hacer algo así. Yo no estoy segura de lo que cobras. Él no me ha querido

hablar de dinero, pero quizá, si lo sumamos a la recompensa que ofrece Helms...

—Yo tampoco quiero hablar de dinero contigo. Y menos por un asunto como este. Creo que me conoces lo suficiente como para saberlo.

Tal como Griff, Jordan Cross y Hawk habían previsto, Phoenix era suficientemente rentable como para mantenerlos a todos ellos y para que pudieran aceptar ciertos casos de personas que no podían pagar sus servicios. Normalmente decidían esos casos mediante un voto por socio, pero hasta el momento, las decisiones habían sido unánimes.

Evidentemente, aquel no era uno de esos casos, puesto que nadie había sido convocado para la votación, pero Duncan no podía imaginarse a ningún miembro de Phoenix Brotherhood cobrándole a Andrea.

—Sé cómo te sientes por lo que le ocurrió a Paul —dijo Andrea—. Sé que, de alguna manera, te sientes responsable por lo ocurrido. Lo cual es completamente ridículo, Duncan. Paul sabía perfectamente en qué se estaba metiendo.

—Era mi socio.

—Y tú amigo. Pero eso no te convierte en responsable de su vida. Y tampoco de la mía, o de mis abuelos. No quiero que hagas esto porque soy la esposa de Paul, sino porque eres la persona más indicada para este trabajo. Y porque hay alguna posibilidad de que obtengas una gran recompensa y...

—¿Le hablaste a Helms de mí? —la interrumpió.

A él no le importaba el dinero. Sintiera lo que sintiera por la muerte de Paul, habría aceptado aquel caso... Y cualquier cosa que Andrea le pidiera.

—Ha convocado una reunión contigo y su asesor de seguridad dentro de... —miró el reloj antes de alzar la mirada hacia Duncan con una sonrisa—, de cuarenta y cinco minutos. Me temo que tendremos

que comer y salir corriendo.

No sería la primera vez que se veía obligado a hacer algo así, pensó Duncan. Pero al menos en esa ocasión, nadie le dispararía.

Capítulo 2

—Este es Patrick Blackheart, señor Sorrenson. Mi supuesto asesor de seguridad —dijo Helms. Su desagrado por el fracaso de Blackheart era evidente—. La abuela de la señora Sorrenson era propietaria de uno de los objetos que robaron.

—Un objeto que habría vuelto a sus manos gracias a la generosidad del señor Helms —dijo Andrea. Sonrió, ofreciéndole la mano a Blackheart.

—Señora Sorrenson —dijo Patrick Blackheart. Le estrechó la mano y le devolvió la sonrisa—. Le rogaría que le comunicara mi pesar a su abuela. Le aseguro que el robo de ayer por la noche no formaba parte de *mí* plan de seguridad.

A Duncan no le pasó por alto el énfasis con el que pronunciaba el pronombre y decidió pensar en ello más tarde.

—Y este es Duncan Culhane, un amigo de la señora Sorrenson experto en seguridad. Le he pedido que eche un vistazo a tu plan, para ver si puede averiguar en qué te equivocaste.

Helms no podría haber dicho nada peor para enfurecer a Blackheart, pensó Duncan. Lo que, además, dificultaría su propio trabajo.

Y ya era suficientemente difícil, decidió. Como aquella cita en el hotel en el que se había celebrado la recepción le había sido comunicada en el último momento, Duncan no había tenido tiempo de investigar a ninguno de los hombres con los que estaba tratando. Al menos, como la mayoría de los americanos, conocía ligeramente la biografía de Helms.

En persona, Bill Helms le había parecido menos imponente que cuando las únicas referencias que tenía sobre él eran las de su coeficiente intelectual y el volumen de su fortuna. Y sobre Blackheart

no sabía nada más que lo que Helms le había contado a Andrea sobre el robo.

La primera impresión que le produjo el asesor de seguridad fue contradictoria. En vez de reaccionar enfadándose por los comentarios de Helms, había permanecido con expresión fría, casi divertida. Y había mirado a Duncan con una firmeza que revelaba que se trataba de un hombre muy seguro de sí mismo.

Debía de andar ya por los cincuenta y pocos años. Era delgado y parecía extremadamente ágil. También parecía muy relajado, a pesar de lo que había ocurrido la noche anterior.

Eso podía significar que pensaba que había hecho todo lo que estaba en su mano para evitar el robo y que no se sentía culpable. O podía significar algo completamente diferente. Todavía era excesivamente pronto para llegar a una conclusión, aunque había algo en el brillo de diversión de los ojos de Blackheart que lo invitaba a inclinarse por la segunda posibilidad.

Otra nota discordante era el atuendo casi teatral de Blackheart. Llevaba un jersey negro de cuello vuelto y unos vaqueros negros. Como si fuera un ladrón, pensó Duncan.

Duncan no le tendió la mano, un impulso que había aprendido a controlar. Y tampoco lo hizo el asesor de seguridad, que se limitó a asentir y a hacer un ligero movimiento con los labios.

— Aunque el señor Helms prescindiera de mis servicios antes de que terminara la noche — le explicó Blackheart —, en realidad el plan de seguridad era mío. Y lo que no funcionó es muy sencillo. Alguno de los ladrones descubrió que la furgoneta blindada en la que supuestamente íbamos a trasladar el tesoro era un señuelo. El tesoro había sido ya cargado en la furgoneta del *catering*, tal como habíamos establecido desde el principio. Pero después, el equipo personal de seguridad del señor Helms permitió que alguien se llevara la furgoneta.

— El plan era tuyo y, por lo tanto, tu eres el responsable de lo

ocurrido —repuso Helms sonrojándose de furia—. Y lo que tengo interés en saber es cómo llegaron a enterarse de que la furgoneta blindada solo era un señuelo.

Blackheart se encogió ligeramente de hombros.

—Por inteligentes que seamos, siempre hay un ladrón más inteligente e ingenioso, dispuesto a burlarse de nosotros.

Aunque Blackheart hubiera sido despedido antes de que actuara el ladrón, él había admitido que el plan para mantener a salvo la colección era suyo. Duncan se preguntó por qué tenía tanto interés en aparentar que no le importaba lo ocurrido. Al fin y al cabo, estaba convencido de que aquel caso tendría serias repercusiones en su empresa, no solo financieras, sino también en cuanto a su reputación.

—¿Alguna idea de cómo pudieron llegar a enterarse de que era un señuelo? —preguntó.

Blackheart le sostuvo la mirada durante una fracción de segundo antes de responder.

—Ninguna en absoluto. Durante la recepción, utilizamos escudos electromagnéticos de protección porque el señor Helms no quería que ninguna pantalla de vidrio pudiera dificultar la visión de los objetos. También había un circuito cerrado de televisión, con cámaras en cada una de las esquinas del salón.

Fue recitando todas las medidas de seguridad rutinariamente. Para lo que Helms lo había contratado, Blackheart era más que competente, por supuesto. Y si el equipo del que había dispuesto había sido apropiadamente colocado y activado, Duncan no podía encontrar en él ningún error.

—Siempre supimos que la colección sería mucho más vulnerable durante su traslado desde el hotel hasta la casa de subasta. Decidimos evitar cualquier intento de robo colocando las obras de arte en la furgoneta del *catering*. Todo ese proceso se realizó en el interior del hotel, habiendo tomado todas las medidas de seguridad que he mencionado. Durante el proceso, no se produjo ningún fallo.

– ¿Han revisado las cintas?

– Todas y cada una de ellas. Y no ocurrió nada, salvo lo que suponemos que ocurrió.

– ¿Entonces?

– Los cajones de madera con los objetos del *catering* fueron cargados en la camioneta blindada, tomando fuertes medidas de seguridad en el proceso. Y las cajas de cartón que contenían la colección fueron trasladadas por el personal de cocina y cargadas en la furgoneta del *catering*. Pero cuando terminaron de cargar la furgoneta, un desconocido se la llevó.

– ¿Y quién estaba vigilando el proceso de carga?

– En el último momento, los guardaespaldas del señor Helms decidieron supervisar personalmente la operación.

Duncan no era capaz de detectar nada en la voz de Blackheart. Ni enfado, ni amargura por haber sido sustituido. Más adelante, tendría que indagar en aquella falta de emociones.

– ¿No estaba activado ninguno de los sistemas electrónicos de vigilancia?

Blackheart vaciló durante una milésima de segundo antes de contestar.

– El circuito cerrado estaba en activo.

– Por supuesto.

– ¿Y nadie vio nada?

– Se produjo una... interferencia durante los minutos cruciales.

– ¿Y tiene alguna explicación para ello?

– Ninguna en absoluto – contestó Blackheart inmediatamente, con un mismo brillo burlón en la mirada, a pesar del rigor de su tono.

– Y han revisado bien esas cintas, supongo.

– Sí, y no hemos visto nada en absoluto.

—¿Los objetos que han sido robados llevaban algún tipo de identificación?

—El señor Helms nos indicó que pretería que no fueran marcados —contestó Blackheart, manteniendo un tono de voz completamente neutral.

Nada de preguntas. Aquella frase se repetía una y otra vez en la cabeza de Duncan, que no encontraba sentido a aquella falta de precaución por parte de Helms. Al igual que no terminaba de comprender ese fallo inexplicable en el circuito cerrado de televisión durante los momentos cruciales del robo.

—No quería que hubiera dificultades ni gastos adicionales para los futuros compradores, que se verían obligados a quitarlos —contestó Helms, como si le pareciera una respuesta completamente lógica.

—¿La colección estaba asegurada? —le preguntó Duncan.

—Por supuesto. Aunque, obviamente, la compañía no está muy contenta con lo ocurrido. Quieren que se investigue el caso antes de pagar. Nosotros tuvimos que garantizar ciertos estándares de seguridad antes de que se mostraran de acuerdo en que se celebrara la recepción con los objetos a la vista. Yo les aseguré que Blackheart Incorporated garantizaba la seguridad del tesoro. Pero el señor Blackheart ha fracasado en su parte del trato. Y estoy seguro de que la compañía tendrá un interés especial en hablar de lo ocurrido con él —le reprochó Helms con voz fría.

Por primera vez, Duncan vislumbró la crueldad que seguramente había sido necesaria para alzar a aquel hombre de aspecto insignificante a las alturas del éxito. Y al oír su tono de voz, se alegró de que fuera Blackheart, y no él, el destinatario de las preguntas que un robo como aquel podía generar.

Sin embargo, el asesor de Helms tenía razón en lo que había dicho anteriormente. Por sofisticados que fueran los sistemas antirrobo, siempre había alguien suficientemente inteligente o atrevido como para intentar burlarlos. Y a veces, a pesar de todo, lo conseguía.

A juzgar por su aire casi arrogante de seguridad, Duncan pensó que había pasado mucho tiempo desde la última vez que Patrick Blackheart había sido burlado por un ladrón. Y no conseguía averiguar por qué no estaba más molesto con lo que había ocurrido la noche anterior.

Aquella era una pregunta para Griff. Utilizando sus contactos con la CÍA, Cabot podía averiguar todo lo que era necesario saber sobre aquellos dos. Tanto lo bueno como lo malo.

—¿Cree que podrá ayudarnos, señor Culhane? —preguntó Helms, atrayendo su mirada—. Estoy convencido de que Blackheart estará dispuesto a colaborar.

A pesar de que las gafas estaban a punto de resbalar por su nariz, consiguió controlar su tono de manera que aquella frase pareciera una amenaza. Antes de contestar, Duncan desvió la mirada hacia Blackheart y esperó un par de segundos, dándole a Blackheart posibilidad de responder. Como no lo hizo, se volvió hacia Helms.

—Yo trabajo para la señora Sorrenson —contestó, considerando oportuno recordárselo—. Sin embargo, como es obvio que ambos se han visto afectados por el mismo ladrón, cuando encuentre la caja...

—También recuperará el tesoro del señor Helms... —terminó Blackheart por él—. Estoy seguro de que le estará muy agradecido. Y de que todos estaremos encantados de poder olvidarnos de este asunto.

No había ni la más mínima señal de gratitud en su comentario. Aunque Duncan tampoco la esperaba, claro. Después de todo, si conseguía encontrar los objetos robados, pondría a la empresa de Blackheart en una situación mucho menos favorable frente a Helms.

—Si no tiene ningún inconveniente, me gustaría echar un vistazo al equipo de seguridad —comentó Duncan.

—Y aunque lo tuviera —intervino Helms—. Usted puede examinar todo lo que quiera. De momento, sigo siendo yo el que paga

las facturas.

– Te esperaré en el vestíbulo, Duncan – dijo Andrea –. Tengo que llamar a mi abuela para explicarle por qué no ha recibido todavía la caja de música.

Duncan asintió y se volvió hacia Blackheart arqueando una ceja. El asesor en seguridad inclinó la cabeza, al tiempo que volvía a hacer aquel sutil y casi imperceptible movimiento con la comisura de los labios. Extendió los brazos, señalándole el camino hacia la puerta de servicio que conducía al callejón de detrás del hotel. Fue un gesto casi grandioso, y tan sutilmente burlón como su mirada.

– Adelante, señor Culhane – le dijo –. Siempre me ha gustado poder colaborar con otros profesionales.

– ¿Qué te ha parecido? – preguntó Andrea, en cuanto dejaron las enormes puertas del hotel tras ellos.

– Creo que no me gustaría estar en el pellejo de Blackheart – dijo Duncan, pensativo –. Dudo que Helms continúe conteniéndose ahora que nos hemos ido.

– Me refería al equipo de seguridad.

– Era exactamente como él nos había contado: perfecto.

– ¿Entonces qué falló? – preguntó Andrea –. Además de todo ese discurso sobre la inteligencia de los ladrones.

– El sistema fue inutilizado.

– ¿Cómo?

– No lo sé, pero tuvo que hacerlo alguien desde dentro – dijo Duncan.

– ¿Blackheart?

– O alguien que trabajaba para él. Alguien en el que él confiaba.

– Él no ha mencionado a nadie.

– Una empresa con una reputación tan seria como para que Helms

la contrate, no puede ponerse en evidencia.

– ¿Y ahora qué? ¿Piensas contarle eso a la policía o a Helms?

– Antes de hacer nada, vamos a llamar para conseguir refuerzos.

– ¿Refuerzos?

– No hay ningún motivo para no utilizar los contactos que Griff y la agencia pueden proporcionarnos – al fin y al cabo, se dijo, había sido Griff el que lo había metido a él en aquel lío.

Andrea asintió.

– Puedes llamarlo desde mi casa. Estamos a solo unas manzanas, será más rápido que volver a tu hotel.

Que estaba en el otro extremo de la ciudad.

Como Duncan quería ponerse en contacto con Griff lo antes posible, lo más sensato sería ir con Andrea. Pero Duncan no tenía ninguna gana de ver la casa en la que vivían Paul y Andrea. Y tampoco quería quedarse a solas con ella.

– ¿Te parece bien? – le preguntó Andrea, vacilante—. ¿O tienes que volver a ocuparte de lo que estabas haciendo esta mañana?

En realidad, ya había acabado aquel trabajo. Lo único que estaba intentando hacer aquella mañana era terminar de atar los últimos cabos sueltos antes de volver a Nueva York.

Y puesto que no iba a irse, suponía que debería llamar al hotel para decir que se quedaría unos días más. Y también notificar a la agencia de viajes que tenía que retrasar el vuelo.

– Entonces... ¿vamos a mi casa? – volvió a preguntar Andrea, mirándolo por encima del hombro mientras se acercaba a la acera para parar un taxi.

Y como no se le ocurría ninguna excusa convincente para negarse, Duncan asintió.

– «Blackheart Incorporated. John Patrick Blackheart» – leyó

Duncan en la tarjeta que le había proporcionado el propio Blackheart antes de que abandonara el hotel.

—Es un alias que me resulta familiar —comentó Griff, con cierta diversión—. ¿Crees que está involucrado en el robo?

Duncan apretó inconscientemente los labios mientras revisaba sus impresiones. La facilidad con la que Blackheart había puesto en evidencia sus fracasos desmentía aquella opción. Por supuesto, aquello también podía considerarse como un rasgo de arrogancia. Como una suerte de «atrápame si puedes».

—No entiendo cómo pueden haberse llevado la furgoneta sin la colaboración de alguien de dentro. Eso es algo que quiero que compruebes. Averigua quién trabaja con Blackheart.

—No has contestado a mi pregunta —respondió Griff pacientemente.

Debería haberse dado cuenta de que Griff lo notaría. Sin embargo, todavía no tenía ninguna respuesta. Ni sobre eso ni sobre nada.

—No lo sé. Había alguien allí.

Sabía que había algo que Blackheart no había compartido con él. Algo que acechaba tras el brillo burlón de sus ojos.

—Dame un par de días. Y averigua todo lo que puedas sobre ese hombre. Quizá entonces pueda decirte si él está o no involucrado en el robo.

—¿Y cómo está Andrea? —le preguntó Griff.

Había una docena de connotaciones diferentes en aquella pregunta. Duncan eligió la respuesta más fácil.

—Desilusionada, por supuesto. Su abuela esperaba recibir la caja esta misma tarde. Ya es suficientemente malo ver que un objeto tan personal va a ser subastado como para descubrir que alguien más lo ha robado justo cuando estabas a punto de recuperarlo...

—¿Alguien más?

– Me refiero a alguien más, además de quien se lo robó durante la guerra.

– La sospecha habitual, supongo.

– Probablemente. Sería interesante intentar buscar los orígenes de la colección de Helms. Él le contó a Andrea que la había reunido su tío noruego, pero no estoy seguro.

– ¿Sospechas que puede formar parte del botín de los nazis?

– Aunque así fuera, eso no prueba que Helms o su tío fueran conscientes de ello.

– Pero es posible.

– En este momento, todo es posible y necesito tu ayuda para eliminar algunas de las posibilidades. Le pedí a Helms que me hiciera una lista de los objetos robados, junto a una descripción de cada uno de ellos. Te la enviaré cuando vuelva al hotel. Quizá el ladrón esté recuperando las propiedades perdidas de alguien. Si Helms se ha mostrado de acuerdo en devolverle a la abuela de Andrea la caja de música, creo que yo mismo podría sentirme tentado a probar algo parecido.

– Te llamaré en cuanto tenga algo – fue la respuesta de Griff—. ¿Estás en el mismo hotel?

– Por esta noche sí. Mañana, si no resolvemos esto rápidamente, intentaré encontrar algo que esté más cerca del hotel en el que se produjo el robo.

– Haré lo que pueda.

Mientras colgaba el teléfono, Duncan pensó que también él debería haberle hecho aquella promesa. Sin embargo, hasta que no se resolvieran algunas cuestiones de fondo...

– ¿Qué piensa Griff? – preguntó Andrea.

Duncan se volvió y la descubrió observándolo desde el marco de la puerta. No tenía idea del tiempo que llevaba allí. Mientras él hablaba

por teléfono, se había cambiado el traje para ponerse un jersey de color teja con un par de viejos y estrechos vaqueros. Los años parecieron fundirse, recordándole la primera vez que la vio. Un recuerdo que no fue necesariamente bueno, reconoció.

Hacía solo unos años que Andy había salido de la escuela de arte y pasaba los veranos trabajando como docente en un museo de la capital. En una ocasión, la invitaron a una fiesta a la que solo habían asistido algunos de los mejores amigos de Griff.

Aquella noche, había pensado al verla que era la persona más auténticamente viva que había conocido nunca. Estaba interesada en todo lo que su experiencia en Washington tuviera que ofrecerle. Y, frente a todo lo que le parecía sensato, Duncan la había invitado a salir varias veces, y al cabo de un tiempo le había presentado a Paul. Y después...

Enterró aquel recuerdo, obligándose a concentrarse en el presente.

– Va a investigar el pasado de Blackheart, de sus empleados y de Helms.

– ¿De Helms?

– No sería la primera persona que se han robado a sí misma para cobrar un seguro.

– ¿Siendo tan rico como él? ¿No sería correr un riesgo innecesario?

– Si es que es tan rico como se supone que es. Y si lo es, no creo que haya llegado hasta aquí sin correr algún riesgo. Seguro que los desafíos le resultan muy atractivos.

Andrea sacudió la cabeza, sonriendo ligeramente.

– Sé que tienes razón, pero después de conocerlo... ¿Y Blackheart? Ese tipo de desafíos también parecen atraerlo a él. Creo que probablemente le gustaría robar algo que se supone que debería vigilar.

Había una cierta admiración en su voz. Por supuesto, había muchas mujeres que se sentían atraídas por los delincuentes. Y el

enigmático Blackheart cumplía todos los requisitos de lo prohibido.

Pero mientras pensaba en ello, Duncan se preguntó sobre qué bases había caracterizado de aquella manera a Blackheart. En realidad no sabía nada sobre él, salvo que Helms lo había contratado. Y que además parecía saber de lo que estaba hablando.

—-Creo que ambos son el tipo de personas que viven al límite — contestó evasivamente.

—Algo de lo que tú no sabes nada, por supuesto —dijo Andrea, con una sonrisa.

Duncan había vivido al límite durante tanto tiempo que, a pesar del horror producido por la muerte de Paul e incluso de sus propias heridas y la larga rehabilitación, todavía echaba de menos la época en la que trabajaba para la agencia. La sensación constante de peligro. La adrenalina. La euforia proporcionada por el éxito de una operación.

Era como una droga para él. Y no había sido consciente de ello hasta que se había visto obligado a retirarse.

Sin embargo, durante todo el tiempo, y especialmente durante los duros meses que había pasado acostumbrándose a la pérdida de su mano y a asumir su sentimiento de culpabilidad, lo que más había echado de menos había sido la sensación de que formaba parte de algo importante. Vital. Noble.

Pero no era aquella una palabra que el Equipo de Seguridad Exterior hubiera utilizado nunca para describir lo que hacían. Tampoco él. Al menos entonces.

Solo al pensar en el pasado comprendía que lo que habían hecho por su país había sido algo noble, aunque hubieran tenido que hacerlo a escondidas y no hubieran tenido nunca un reconocimiento oficial.

Esa era la razón por la que había aceptado inmediatamente la propuesta de Griff para formar parte de Phoenix Brotherhood. No era lo mismo, pero estaba suficientemente cerca de lo que antes hacía como para llenar el vacío que el abandono forzado de la CÍA había

dejado en su interior.

– Ambos conocemos a mucha gente que vive de esa forma –le dijo–. Pero ninguno en el lado oscuro de la ley.

– Lo echas de menos –le dijo Andrea. Y, por alguna razón, parecía sorprendida.

– Sí. Pero trabajar con Griff otra vez... y con los otros, es casi lo mismo.

Un salvavidas. Esa fue la frase que acudió a su cabeza. La rechazó, por supuesto. Era demasiado melodramática. Autocompasiva. En sus días más bajos, y tenía que reconocer que no eran pocos, rechazaba conscientemente esos sentimientos.

– Perdí a Paul en vuestra última misión –dijo Andrea–. Tú lo perdiste todo.

Duncan. no dijo nada porque no se le ocurría nada que no resultara cortante. Cruel. Él nunca había querido revelarles a nadie, y menos que a nadie a la esposa de Paul Sorrenson, lo que había perdido durante aquella misión.

– Te ha resultado incómodo mi comentario –comentó Andrea, sonriendo otra vez–. Lo siento. A partir de ahora no más excursiones al pasado, ¿de acuerdo?

– Creo que es lo más sensato.

– Lo que creo que crees es que es más seguro.

Durante unos instantes ninguno de ellos dijo nada. Al final fue Duncan el que rompió aquel silencio, definitivamente incómodo.

– Te llamaré en cuanto tenga alguna noticia de Griff. Hasta entonces, tengo que terminar de rematar el trabajo que me enviaron a hacer aquí. Y quiero ponerme en contacto con la policía para saber si han averiguado algo –se encogió de hombros y tomó la chaqueta del respaldo de la silla en la que la había dejado.

Cuando alzó la mirada, se dio cuenta de que Andrea continuaba

observándolo con expresión preocupada. Era una mirada que había visto muy a menudo durante los últimos cinco años. Pero nunca en los ojos de Andrea.

Por lo menos habían conseguido alejarse de una conversación más personal. Habían vuelto a un dormitorio que era definitivamente seguro. Se puso el abrigo y comenzó a dirigirse al pasillo que conducía hacia la entrada, seguido por Andrea.

—Incluso los delincuentes más inteligentes cometen errores —le dijo—. Pequeños errores que nunca imaginan podrán descubrirlos.

Era una conversación sin importancia. Pero por estúpida que fuera, siempre era mejor que enfrentarse al abismo al que se había asomado solo unos segundos antes. Tenía la misma sensación de alivio que cuando había entrado en aquella casa y se había dado cuenta de que en ella no había nada que recordara a Paul. Nada a lo que tuviera que enfrentarse. Nada, excepto la esposa de Paul.

—Por lo menos déjame invitarte a cenar —le pidió Andrea.

Duncan se volvió. Tenía ya la mano izquierda sobre el pomo de la puerta.

—Creo que llamaré al servicio de habitaciones cuando llegue al hotel.

El almuerzo ya había sido suficientemente duro, había tenido mucho cuidado de pedir cosas que no le costara comer. Quizá fuera una forma de vanidad. pero el caso era que siempre le resultaba más fácil comer solo.

—te dijera Paul lo que te dijera, la verdad es que sé cocinar —le advirtió Andrea sonriente.

Duncan se preguntó qué diría Andrea si le contara la verdad sobre la muerte de su marido. La sonrisa desaparecería de su rostro, pero por lo menos estaría seguro de que no volvería a invitarlo a cenar.

—En otra ocasión —le dijo.

Abrió la puerta y salió con la sensación de estar huyendo. Tomó

aire, sabiendo lo cerca que había estado de decirle la verdad.

Sería condenadamente fácil justificarse explicándoselo. La confesión sería definitivamente buena para su alma.

Para su alma, pero no para la de Andrea. Pero aquella carga era suya. Y no se merecía que nadie la compartiera con él.

Duncan siempre había odiado las tarjetas de plástico que en algunos hoteles ofrecían como llave. Las odiaba incluso antes de haber perdido la mano. Con los precios que cobraban, le parecía que lo menos que podían hacer era ofrecer una llave.

Al igual que el folleto que Andrea le había tendido aquella mañana, un rectángulo de plástico rectangular era suficientemente resbaladizo como para tener que enfrentarse además al desafío de meterla por una ranura. Y como para utilizar aquella tarjeta se requerían dos manos, terminaba siempre con los brazos cruzados, utilizando la mano izquierda para insertar la tarjeta y la prótesis para empujar el picaporte, como en ese momento.

Se descubrió al encontrar la habitación negra como la boca del lobo. Normalmente, cuando las camareras entraban a limpiar, corrían las cortinas para que entrara la luz del sol. Por supuesto, ya era demasiado tarde para que hubiera luz solar.

Después de marcharse de casa de Andrea, había hecho un par de paradas. Una había sido para echar un vistazo al edificio de oficinas de Blackheart Incorporated. No había nada destacable en el edificio, salvo que era obvio que a la empresa le iba bastante bien.

La otra había sido una visita a una biblioteca pública, en la que había utilizado la sala de los archivos microfilmados para localizar información sobre Blackheart y Bill Helms. Aquella excursión había sido bastante interesante. Por lo menos le había proporcionado una pista por dónde empezar.

Al llegar al hotel, había pasado por recepción para pedir que enviaran por fax el material que Helms le había proporcionado. Y

durante aquellas horas, había caído la noche.

Sin otra inquietud que una ligera extrañeza por aquella inesperada oscuridad, presionó el interruptor que estaba al lado de la puerta. Y ni siquiera entonces tuvo ninguna sensación de alarma cuando vio que la luz no se encendía.

Cruzó el vestíbulo para llegar al interruptor más cercano, que era el de la luz del baño. Y cuando vio que no funcionaba, empezó a preocuparse. Pero ya era demasiado tarde.

El golpe que sintió en la cabeza fue suficientemente intenso como para hacerle caer de rodillas. No sintió dolor. Al menos inmediatamente. Se sentía ligeramente atontado y era consciente de que le habían pegado.

Y entonces, como si su cuerpo le perteneciera a otra persona, se inclinó hacia delante y sintió que su mejilla chocaba contra la áspera textura de la alfombra. Esa sensación fue la última de la que fue consciente durante un largo período de tiempo.

Capítulo 3

—Ya es hora de despertarse, señor Culhane.

La voz parecía llegar desde muy lejos. Y aunque cada una de aquellas palabras tenía sentido individualmente, Duncan tenía serios problemas para entenderlas.

Por lo menos hasta que alguien lo agarró por la barbilla y le obligó a alzar la cabeza.

A medida que fue recobrando la conciencia, fue también siendo consciente del dolor de cabeza. No era un dolor sordo, sino una agonía punzante que se originaba en su cuello e irradiaba hacia los huesos del cráneo. Hasta los ojos le dolían.

Tardó un par de segundos en darse cuenta de que era porque estaba intentado obedecer la orden y abrir los ojos. Dada la intensidad de la luz que lo golpeaba directamente en el rostro, lo único que podía hacer era abrir poco menos que una rendija.

Volvió la cabeza, intentando escapar de la intensidad de la luz y de la dureza de aquellos dedos. Tuvo éxito en la segunda parte, al menos brevemente. Después, esa misma mano que segundos antes le sostenía la cabeza, lo golpeó con tanta fuerza en la mejilla que se vio obligado a volver la cabeza hacia la luz.

Los músculos de su cuello protestaron con violencia ante aquel movimiento. Sin embargo, aquella incomodidad fue olvidada cuando la primera bofetada fue seguida por otra de la misma mano, que sacudió su rostro en la dirección contraria.

El labio se le partió ligeramente con la fuerza de aquel golpe, pero el dolor se perdía entre otras todavía más desagradables.

—Despiértese, bastardo —le exigió otra vez la voz, utilizando en aquella ocasión un tono divertido, casi cantarín. Duncan intentó concentrarse en recordar aquella voz. No creía recordarla, pero quizá

fuera porque su mente no estaba en condiciones de hacer ninguna identificación.

– Abra los ojos, Culhane. Ahora mismo.

Duncan quería obedecer, aunque solo fuera para evitar otra bofetada y otro tirón en su dolorido cuello, pero no tenía ningunas ganas de enfrentarse a la luz. Intentó levantar la mano, utilizándola como escudo y descubrió que no podía mover los brazos. Y aquello lo aterró.

Mientras intentaba despejar aquella niebla mental, descubrió que le habían atado las muñecas a los brazos de la silla en la que estaba sentado. ¿Sería la de su habitación? ¿O lo habrían llevado a otro lugar mientras se sentía inconsciente?

Era muy importante saberlo. De modo que, moviéndose todo lo lentamente que se atrevía, bajó ligeramente la cabeza e intentó mirar a través de las ventanas.

La luz de una linterna. Identificó aquella luz durante la fracción de segundo en la que pudo mantener los ojos abiertos. Alguien estaba enfocando directamente su rostro. Y estaba muy cerca.

A pesar de su desorientación, comprendió el propósito de aquella iluminación. De esa forma era imposible ver el rostro de su asaltante. ¿Sería alguien a quien podría reconocer? ¿O alguien que pretendía dejarlo salir vivo y no quería que pudiera proporcionarle a la policía su descripción?

– ¿Quién lo ha enviado?

Duncan no era capaz de encontrar el sentido de aquella pregunta. A él no lo habían invitado a ningún lugar. Lo habían llevado hasta allí. Lo estaban esperando en la habitación del hotel.

Quería decirlo, pero sus labios no parecían funcionar mejor que su cerebro. Pero de pronto, descubrió lo que querían decir. Querían saber quién lo había enviado a San Francisco. Pero si se lo decía...

– Esto podemos hacerlo de la forma más fácil – dijo la voz, en un

tono claramente amenazador —, o de la más difícil. Usted elige.

Era la clase de diálogo que podía esperarse de una película de gánsteres de serie B. Demasiado melodramático para tomárselo en serio.

Pero como sabía exactamente lo doloroso que podía ser hacer las cosas «de la forma más difícil», sintió que se endurecían los músculos de su estómago y la adrenalina, a la que se consideraba adicto, comenzó a alimentar su torrente sanguíneo. Pero lo único que le hacía sentir en aquel momento era náuseas.

—Una amiga —consiguió decir. Se pasó la lengua por los labios, saboreando su propia sangre, y se obligó a mirar a la luz—. Una amiga me pidió que viniera —aquel susurro apenas sonaba como su voz. Pero enunciar cada una de las palabras le producía un intenso dolor en el labio—. Una amiga que necesitaba ayuda.

—La señora Sorrenson.

No era una pregunta, pero Duncan asintió. No tenía ningún sentido negar lo que ya sabían. Eso serviría para que se enfadaran todavía más. Si aquel canalla sabía el apellido de Andrea, entonces conocía también cuál era exactamente su relación.

—Pero el caso es que estaba en la ciudad antes de que ella lo llamara.

Eso podían haberlo averiguado fácilmente en cuanto habían empezado a investigarlo, pero no significaba que supieran el asunto en el que estaba trabajando antes de que Andrea lo llamara.

—Tenía otro cliente —le dijo. Tenía que contarles solo lo suficiente como para que lo dejaran vivo. Esa había sido siempre la regla.

—En su carácter de asesor de seguridad, por supuesto.

Había una ironía en su tono que le resultaba familiar. ¿Se trataría de Blackheart? El tono le resultaba notablemente familiar. O quizá fuera el talante burlón el que se lo recordaba.

Asintió, moviendo la cabeza con mucho cuidado. Había aprendido

que si tenía la cabeza muy quieta, bajaba la intensidad del dolor de su cerebro.

– ¿Y cómo se llama su anterior cliente, señor Culhane?

– Esa es información privilegiada – dijo Duncan, intentando protegerse mentalmente de lo que podría suceder.

Oyó un suspiro casi imperceptible, una risa quizá. Los músculos de su estómago volvieron a tensarse, como le ocurría cuando alcanzaba el punto más alto de una montaña rusa. Sabiendo lo que estaba a punto de llegar. Anticipando lo que lo esperaba con resignada desesperación.

La luz se movió, subiendo a gran velocidad. Cuando descendió, Duncan sintió el golpe de una linterna contra los dedos de la mano izquierda.

Consiguió dominar el aullido de dolor y miedo, pero no pudo evitar un jadeo seguido de un gemido gutural mientras el dolor ascendía por su brazo. Se mordió el labio al darse cuenta del sonido brutal que había estado a punto de salir de su boca.

– ¿Duele? – le preguntó la voz.

El sarcasmo había sido sustituido por una falsa solicitud que hizo que Duncan decidiera no reaccionar la próxima vez.

– Solo tiene una mano – le recordó la voz –. Y sería trágico que le ocurriera algo... que la inutilizara para siempre. Muy inconveniente para la vida diaria, imagino. Así que ¿volvemos a intentarlo?

Por un segundo, Duncan pensó que iba a volver a golpearlo con la linterna. Después, en medio de un inmenso terror, se dio cuenta de que su captor le estaba preguntando por algo más que el nombre de su anterior cliente.

¿Sería posible que lo supieran? ¿Y si mentía se darían cuenta?

– Crierson Biotec – contestó, preparándose mentalmente para un nuevo impacto de la linterna contra sus nudillos, en el caso de que hubiera minusvalorado la información que sobre él tenían sus

captores.

— ¿Y cómo conoció a la señora Sorrenson?

¿Debería arriesgarse a otra mentira o a una verdad parcial?

«Acercaos todo lo posible a la verdad», le había enseñado Griff a su equipo. «De esa forma es más fácil recordar exactamente lo que has dicho cuando llegas al límite de tus fuerzas».

Duncan sabía por experiencias pasadas que todavía no había llegado a ese punto. Ni siquiera estaba cerca.

— Su marido y yo éramos amigos.

— Su difunto marido.

— Sí.

Duncan tomó aire, agradeciendo que no volvieran a pegarle. La gratitud podía ser peligrosa. Seductora incluso. Le hacía, al igual que el dolor, desear complacer a sus interrogadores.

— ¿Una relación puramente personal?

¿Con Paul o con Andrea? Supuso que no importaba.

— Sí.

— Y como es amiga suya, le pidió que recuperara la caja que le robaron a su abuela.

— Por razones puramente personales.

— Sí.

Se produjo una larga pausa. En alguna parte de la habitación, Duncan oyó que algo se movía, aunque la luz que enfocaba directamente sus ojos estaba completamente quieta.

¿Cuántas personas habría allí?, se preguntó. Por lo menos dos. Comprendió que lo había sabido desde el principio, aunque no sabía por qué. ¿Por el sonido de sus respiraciones, quizá?

— Me pregunto por qué no lo creo señor Culhane.

En aquella ocasión, cuando la luz se alzó, Duncan intentó mantener la mirada fija en la oscuridad que se abría tras ella. Intentó no pensar en lo que iba a suceder. Intentó distinguir un rostro durante la larga décima de segundo que tardó la linterna en volver a caer sobre sus dedos.

No tuvo éxito a la hora de penetrar en la oscuridad que se escondía detrás de la luz. Al igual que no había tenido éxito en evitar el gemido de asombro y furia muda que escapó de su garganta. Si alguna vez ponía sus manos encima de ese canalla...

Y en alguna parte, en la parte más primitiva de su cerebro, en el lugar en el que se escondían sus miedos, se repitió aquella palabra una y otra vez.

Manos. Manos...

— ¿Quién eres? — le exigió la voz.

— Duncan Culhane — contestó. Las palabras surgían con más fluidez que al principio—. Me llamo Duncan Culhane. No sé qué demonios quiere de mí, ¿Por qué me está haciendo estas preguntas?

Volvió a oír aquella risa contenida. Y lo enfurecía saber que se estaban riendo de él. Pero no tanto como lo que le dijeron a continuación.

— Quizá la señora Sorrenson esté más dispuesta a contestar. A las mujeres no les gustan los alborotos. Y tampoco el dolor — añadió en un tono obviamente amenazador.

Andrea.

— Ya he contestado a su pregunta, bastardo — dijo Duncan, escupiendo sus palabras con una furia que no pretendía—. Andrea Sorrenson es una vieja amiga. Me pidió que le hiciera un favor. No sé lo que está intentando averiguar, pero esa es la verdad.

Por fin había comenzado a desaparecer de su mente aquella niebla, y comprendía que su reacción inicial había sido un error. Desorientado como estaba, no había expresado la indignación y el

miedo que cualquier persona normal habría experimentado al ser secuestrada y torturada.

Había reaccionado tal como sus preparadores le habían enseñado. Había intentado encontrar el camino de salida en el campo minado de las preguntas, a pesar de que se sentía como si en realidad hubieran explotado ya todas las minas.

Debería haber gritado. Debería haber gritado con toda la fuerza de sus pulmones la primera vez que lo habían golpeado. Haberles maldecido. Quizá si hubiera...

En medio de su autoflagelación, oyó que alguien llamaba a la puerta. Duncan se sobresaltó, reaccionando ante aquel inesperado sonido. Alguien estaba llamando a la puerta, pensó.

Alguien a quien sus torturadores no esperaban. Lo sabía porque podía sentir su sorprendida inmovilidad. El casi subliminal sonido de sus respiraciones había desaparecido. Tanto ellos como él estaban escuchando atentamente.

Desde el otro lado de la puerta se oyó una voz.

—Servicio de habitaciones, señor Culhane. Le traigo su sándwich.

La otra cosa que había hecho Duncan cuando había ido a enviar el fax. Había pedido que le subieran a la habitación un sándwich y una taza de café. Y cualquier persona normal aprovecharía aquella situación.

—¡Socorro! —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—, ¡Llame a seguridad! Hay alguien en mi habitación y me están atacando.

La luz de la linterna osciló para caer con una fuerza brutal sobre su sien. Duncan inclinó la cabeza hacia delante y sintió que lo envolvía una oscuridad absoluta.

Intentó luchar contra ella, esforzarse en mantenerse despierto. Y fracasó. Lo último que oyó fue el inconfundible estrépito del jarrón del vestíbulo cayendo al suelo.

Andrea se dio cuenta de que había puesto la mano sobre el auricular una docena de veces desde que Duncan se había ido de su casa aquella tarde. Casi deseaba no saber dónde estaba porque así la tentación de llamarlo no sería tan fuerte. Al fin y al cabo, se le ocurrían al menos una docena de razones legítimas para llamarlo. Perfectamente legítimas.

El problema era que nunca se le había dado muy bien engañarse. Cada vez que se encontraba a sí misma frente al teléfono, tenía orgullo suficiente para no llamar.

Pero a aquellas alturas, ya podía haber llamado él. ¡Él o Griff. Aunque quizá no habían encontrado nada de lo que tuvieran que informarla...

De pronto, alzó los ojos del libro que estaba intentando leer, y escuchó un sonido que comenzaba a repetirse. Permaneció completamente inmóvil, pero no oyó nada más.

Bajó la mirada de nuevo hacia la página, pero al cabo de unos minutos, su atención regresó hacia la parte trasera de la casa. Volvía a repetirse el sonido. Cerró el libro con cuidado y sin dejar de escuchar, lo dejó sobre la mesa que había al lado del sofá.

Había vivido sola durante los últimos cinco años y no podía recordar que se hubiera sentido nunca inquieta por ello. Quizá la proximidad de una tormenta había llenado el aire de electricidad, pero el caso era que de pronto sentía una inexplicable ansiedad.

Se levantó y cruzó con sigilo la habitación. Por el único motivo de que estaba allí cuando Paul había muerto, su pistola continuaba en el cajón de la mesilla de noche. Sintiéndose un poco ridícula por haber pensado en ello, corrió por el pasillo hacia el dormitorio, rio y en cuestión de segundos, tenía el arma automática en la mano. Y en cuanto sus dedos rodearon la culata, sintió la subida de la adrenalina.

Rodeó el arma con las dos manos, la izquierda apoyando la derecha, como le habían enseñado. La sostuvo ante ella al tiempo que cruzaba el pasillo, entraba en la cocina y se acercaba a la puerta

trasera.

Las cortinas estaban corridas y resistió la urgencia de apartarlas para mirar el exterior. Manteniendo la pistola en posición de disparo, se apoyó contra la pared de al lado de la puerta y escuchó.

Fuera lo que fuera lo que había fuera, en aquel momento no estaba haciendo ningún ruido. Lo único que oía era el sonido de su propia respiración.

Se acercó todavía más a la puerta, intentando mirar a través de la minúscula rendija de las cortinas. Y aunque la visión era limitada, todo parecía completamente normal en el patio trasero.

La luz de la luna era clara y reveladora. No parecía haber nada que no le resultara familiar.

Dejó escapar un suspiro de alivio, pero antes de que hubiera eliminado todo el aire, oyó el mismo sonido que había escuchado anteriormente. En aquella ocasión parecía proceder de un lateral de la casa.

Miró hacia el teléfono, pensando en llamar a la policía. Pero no creía que le hicieran mucho caso si les dijera que estaba oyendo ruidos en el patio.

De hecho, tampoco era capaz de decidir por qué aquellos sonidos la asustaban. Ella no era una persona que corriera a refugiarse detrás de la pistola cada vez que oía algo extraño.

Y de pronto, oyó un ruido inconfundible. Alguien estaba corriendo sobre el porche.

Corrió la cortina hacia un lado y vio una silueta corriendo hacia la parte trasera de su parcela. Allí no había nada, salvo la cerca que marcaba el final de la propiedad y una colina que descendía hacia el bosque. En cuanto la alcanzara...

Sus dedos estaban comenzando a abrir el cerrojo de la puerta cuando se detuvo. Sería una estupidez salir fuera. Sabía que en el interior de la casa estaba completamente segura. Paul solía llamar a su

casa «el Fuerte Sorrenson» por todas las medidas de seguridad que había instalado en ella.

Después de su muerte, Andrea no había podido menos que agradecerle que hubiera sido tan cuidadoso. De pronto, el perfil de un hombre apareció frente al panel de cristal por el que estaba mirando. Se echó hacia atrás, intentando apartarse de la puerta. Mientras lo hacía, colocó la mano izquierda bajo la derecha y apuntó con la semiautomática directamente sobre el panel.

Sus dedos habían comenzado a endurecerse contra el gatillo cuando quienquiera que estuviera fuera se volvió, se llevó la mano a la frente y se inclinó contra el cristal de la ventana. Estaba demasiado cerca como para que la luz de luna pudiera ayudar a identificarlo, pero aun así, había algo indefinible que...

Andrea dejó caer hacia un lado la mano en la que tenía la pistola y corrió hacia la puerta que acababa de abandonar. Sus dedos luchaban contra el cerrojo de la puerta: en cuanto consiguió correrlo, bajó el picaporte y la abrió de par en par.

—¿¡Duncan? —al verlo más claramente, volvió a repetir su nombre, y en aquella ocasión en un tono completamente diferente—. ¡Oh, Dios mío, Duncan!

—Debes de haberlo asustado.

Andrea terminó su narración al mismo tiempo que acababa de limpiar el corte que Duncan tenía en la boca con una bola de algodón empapada en alcohol. Retrocedió, lo tomó por la barbilla y le hizo volver el rostro hacia la luz. Duncan cerró los ojos, que le dolían al sentir la luz sobre ellos.

—Me temo que has tenido una conmoción cerebral —le dijo.

Duncan ni siquiera había querido oír hablar de ir a urgencias. Y a Andrea le había costado convencerlo para que le dejara curarle las heridas.

—No sería la primera vez.

Mientras lo decía, se llevaba la mano izquierda al cuello y giraba lentamente la cabeza de lado a lado, como si estuviera intentando estirar los músculos. Cerró los ojos y tomó aire un par de veces mientras lo hacía.

– ¿De verdad no tienes idea de lo que querían los hombres que entraron en tu habitación?

Duncan bajó la mano. Al empezar a negar con la cabeza hizo una mueca de dolor.

– Bastardos – dijo lentamente –. No estoy seguro de que supieran siquiera lo que buscaban.

– ¿Qué quieres decir?

– Si ellos saben quién soy, entonces también sabrían por qué nos conocemos. Así que ¿por qué perder el tiempo haciendo preguntas? Y si no saben cuáles son nuestros vínculos con la agencia, ¿qué sentido tendría presionar a alguien de esa manera? ¿Qué esperaban obtener? No tiene sentido, a no ser que simplemente disfruten haciendo daño. Seguramente les gusta jugar a hacerse los duros.

– Yo no creo que eso sea un juego – respondió Andrea.

Fijó la mirada en los dedos heridos de su mano izquierda. En cuanto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, Duncan dejó caer ambas manos en el regazo.

– Si realmente querían hacerme hablar – dijo Duncan –, tenían formas más eficientes.

Andrea ni siquiera se atrevía imaginárselas.

– ¿Crees que eran las mismas personas que robaron la colección?

– ¿Y por qué iban a venir a buscarme a mí? Ya han conseguido lo que querían, no tiene sentido que se pongan en peligro.

– Pero a lo mejor te ven como una amenaza.

– Todavía no he demostrado que pueda serlo. Además, supuestamente solo hay dos personas que saben que voy a investigar

el robo: Helms y Blackheart.

—¿Y crees que ha podido ser alguno de ellos? ¿Es posible que Helms o Blackheart hayan enviado a esos hombres?

—Probablemente no. Se supone que los dos son personas inteligentes. No... —se le quebró la voz y se llevó inconscientemente la mano al pecho.

—Si no quieres hacerte una radiografía, por lo menos déjame ponerte un poco de hielo para bajarte la hinchazón.

Probablemente ya era demasiado tarde para eso, pero era lo único que sabía hacer. Eso y ofrecerle otro analgésico.

—De acuerdo —contestó Duncan con resignación.

Se levantó, llenando de pronto el pequeño espacio del baño. Sentado sobre la taza, había llegado a parecer casi vulnerable. Pero en aquel momento, a pesar de las heridas, parecía volver a dominar completamente la habitación.

Estaban suficientemente cerca como para que Andrea comenzara a ser consciente de la fragancia que emanaba su cuerpo. Un aroma innegablemente masculino. Una combinación de olor a jabón, a colonia y a algo tan sobrio como el propio Duncan: el olor penetrante del alcohol que ella misma le había aplicado.

Permanecieron el uno frente al otro sin moverse durante largos segundos. Andrea estaba entre Duncan y la puerta. Había sido ella la que había sugerido que fueran a la cocina, de modo que fue ella la primera en moverse.

Y la única que deseaba dar un paso hacia delante. Inclinarsse contra el pecho de Duncan y sentir sus brazos a su alrededor, sosteniéndola con fuerza. Manteniéndola a salvo de todo.

Se preguntaba cómo respondería Duncan si lo hiciera. Pero no estaba segura de que quisiera conocer su respuesta a aquella noche. Porque si Duncan no la abrazaba...

Tomó aire inconscientemente al pensar en aquella dolorosa

posibilidad. Y entonces se rompió el hechizo que los mantenía paralizados. Duncan se irguió todo lo alto que era, mostrando claramente que quería moverse. Y sin decir ninguna de las cosas que estaba deseando decirle, Andrea se volvió y se dirigió hacia la cocina.

Andrea colocó los cubitos de hielo sobre un trapo limpio y los llevó hacia el mostrador frente al que Duncan estaba sentado.

Duncan tenía la cabeza gacha y parecía estar estudiando los descoloridos dedos de su mano izquierda que extendía sobre el mostrador. La mano derecha, la artificial, la tenía escondida en el regazo. Y, por primera vez, Andrea comprendió por qué se habían concentrado en su mano. Y se preguntó qué habría pensado Duncan mientras lo golpeaban, mientras intentaban destrozar la única mano que le quedaba. Sabía que posiblemente ella nunca podría entenderlo. De la misma forma que no podía comprender que hubiera gente capaz de hacer algo así. De emplear aquella fría crueldad de la que la generación de sus abuelos había sido víctima cuando había tenido que abandonar Europa.

Duncan no alzó la mirada cuando Andrea se acercó, Ella lo agarró por la muñeca para alzarle la mano. Y fue entonces cuando Duncan fijó los ojos en su rostro.

Y allí los dejó, sin prestar atención a lo que estaba haciendo. Andrea le envolvió la mano en la toalla, colocando los hielos sobre sus nudillos.

– ¿Podrás sujetarlo?

Duncan contestó colocando el pulgar sobre los dos extremos cruzados del trapo. Andrea ya había empezado a volverse cuando dijo, con una voz tan baja que apenas lo oyó:

– Estaba asustado.

Andrea se volvió, tragando saliva para luchar contra el nudo que atenazaba su garganta. Las lágrimas amenazaban con desbordar sus ojos, pero se negaba a dejarlas caer. Jamás le haría a Duncan algo

parecido. Duncan la miró a los ojos y Andrea distinguió en su mirada algo que no había visto jamás en ella: una furia muda y una vulnerabilidad que nunca habría imaginado en los ojos de Duncan Culhane.

Duncan era el hombre más duro que había conocido nunca. Hasta Paul hablaba de su incapacidad para sentir miedo, por desesperada que fuera la situación. Y en aquel momento...

No se le ocurría qué responder. Sabía que Duncan había necesitado un enorme valor para hacer aquella confesión. No podía degradar su gesto contestando con cualquier tópico, o intentando consolarlo como si fuera un niño asustado.

Duncan tenía todo el derecho del mundo a estar asustado. Cualquier persona cuerda habría estado asustada en su situación.

Así que asintió sin decir nada y le sostuvo la mirada hasta que Duncan volvió a bajar los ojos hacia su mano herida. Andrea observó que se tensaba un músculo de su barbilla.

Y después vio su propia mano acercándose hacia su rostro, acariciando la áspera textura de su barba con las yemas de los dedos, Duncan no se resistió cuando le hizo alzar ligeramente la cabeza y volverla hacia ella.

Había una pregunta en sus ojos, pero Andrea no intentó contestarla. Y, por primera vez desde que se conocían, decidió guiarse por su intuición. Si él había encontrado el valor para confesarle que había tenido miedo, ella podría igualarlo en valor.

Al fin y al cabo, ella solo tenía miedo al rechazo. En una ocasión, había permitido que Duncan desapareciera de su vida por no atreverse a decirle lo que sentía. Y había decidido, antes incluso de que Griff le devolviera la llamada, que no dejaría que volviera a ocurrirle.

Bajó lentamente la cabeza hacia su boca y rozó apenas sus labios heridos. Hubo unos segundos de vacilación hasta que Duncan respondió. Suficientemente largos para avivar el miedo de Andrea.

Pero de pronto, los labios de Duncan se entreabrieron bajo los suyos y Andrea sintió la invasión de su lengua desafiándola con una pasión idéntica a la suya.

Y no le importó que Duncan la deseara solo por aquella noche. O que su beso fuera únicamente la respuesta a su silencioso ofrecimiento de compañía para ayudarlo a aplacar sus temores.

Lo único que le importaba era sentir después de tantos años los brazos de Duncan Culhane a su alrededor, arrastrándola hacia un abrazo con el que hasta entonces solo había soñado.

Capítulo 4

–Hay algo que tengo que decirte –susurró Duncan contra su cuello–. Algo que...

–No –negó Andrea, desasiéndose de su abrazo para posar un dedo sobre sus labios.

Lo había estado esperando, pero no había ocurrido hasta que habían llegado al dormitorio. Por supuesto, no habían tenido mucho tiempo para hablar. Sus labios habían estado en contacto constantemente durante el lento viaje por el pasillo.

–Sea lo que sea lo que tengas que decirme, Duncan, no quiero oírlo. Ahora no.

Duncan quería confesar lo culpable que se sentía por la muerte de su marido. Un sentimiento completamente injustificado, según Griff. Y aunque Andrea reconocía que en algún momento tendrían que hablar de Paul, lo que estaba ocurriendo entre ellos no tenía nada que ver con la muerte. Era algo relacionado con la vida. Con sus vidas.

Ella había sido completamente fiel a todo lo que le había prometido a Paul. En el momento en el que había hecho aquellas promesas ante el altar, estaba convencida de que Duncan pertenecía al pasado. Había sido la esposa de Paul en el pleno sentido de la palabra. Y lo había amado.

Pero no así... No con aquella pasión durante tanto tiempo reprimida. Su amor por Paul estaba basado en el respeto y en la amistad.

Deslizó un dedo por los labios de Duncan y comenzó a desabrocharle los botones de la camisa. Y no solo porque quería sentir el placer de desnudarlo, que también, sino porque no estaba segura de que él fuera capaz de hacerlo.

Duncan la miraba atentamente, siguiendo con los ojos el

movimiento de sus manos hasta que Andrea le desabrochó completamente la camisa, dejando al descubierto una camiseta de color blanco. Los dedos de Andrea buscaron después la hebilla del cinturón, que desabrocharon con un rápido movimiento antes de bajarle la cremallera.

Después, Andrea deslizó las manos bajo la camiseta, posando las palmas sobre su vientre. No había una gota de grasa en todo su cuerpo. La piel era firme y muy suave, excepto por la flecha de vello hirsuto que lo cubría.

Alzó las manos por su estómago, acariciando las costillas hasta alcanzar los perfectamente cincelados músculos de su pecho. Cuando llegó a los pezones, Duncan contuvo la respiración. Alentada por su reacción, Andrea bajó la cabeza y deslizó la lengua sobre una de aquellas protuberancias.

— Andrea...

— Chss —le dijo ella, respirando tan cerca del lugar que había humedecido con la lengua que Duncan se estremeció—. No hables. Por favor, Duncan. Solo por esta noche... No digas nada.

— No lo comprendes.

— Comprendo todo lo que realmente importa. En cuanto a lo demás...

Las palabras se perdieron cuando tomó el pezón con los labios, succionándolo con fuerza. La respuesta de Duncan fue todo lo que podía haber esperado. Todo lo que había esperado durante aquellos largos años, aunque ni siquiera hubiera sido consciente de que lo estaba aguardando.

Duncan se inclinó hacia delante y la abrazó. Cuando habían abandonado el estudio, Andrea lo había guiado hacia la habitación de invitados. No quería que el hecho de que ella hubiera vivido en aquella casa con Paul interfiriera en lo que iba a suceder aquella noche. Ni por él ni por ella.

En vez de tumbarla sobre la colcha tal como Andrea esperaba, Duncan la sentó a los pies de la cama y dio un paso hacia atrás. Con la ansiedad bullendo en su interior, Andrea alzó la mirada hacia él.

—No puedo... —comenzó a decir Duncan. Y a Andrea se le paró el corazón—. Creo que no puedo desnudarte...

—Probablemente pueda hacerlo sola —respondió Andrea, sonriendo aliviada.

—No era así como había imaginado esto —dijo Duncan suavemente—. No era así como quería que fuera.

Andrea asintió, sosteniéndole la mirada y luchando para no perder el control sobre sus sentimientos. Y de pronto la golpeó la evidencia de lo que Duncan acababa de decir.

«No era así como había imaginado esto». Por muchas veces que se repitiera aquella frase, había una sola forma de interpretarla.

—¿Lo habías imaginado?

—Casi desde el momento en el que te conocí —contestó, curvando sutilmente los labios en lo que podía parecer una sonrisa. Pero pensaba que no sería justo teniendo en cuenta los riesgos inherentes al trabajo que hacíamos con Griff.

Ninguno de ellos se había casado hasta que se había disuelto el equipo. Solo Paul. Y al final...

—Pensaba... —Andrea se interrumpió y sacudió la cabeza, con un movimiento tenso. Yo pensaba que era por otras razones. Siempre me he preguntado qué habría pasado si te hubiera dicho lo que sentía...

—¿Lo que sentías? —repitió Duncan.

No se había dado cuenta, comprendió Andrea. Durante todos aquellos años, Duncan no lo había sabido.

—Casi desde el momento que te conocí —contestó, repitiendo deliberadamente sus palabras.

—Entonces... ¿por qué te casaste con Paul?

—Pensé que con lo que sentíamos el uno por el otro sería suficiente.

Era verdad, aunque eso no justificaba lo que había hecho. Pero aun así...

—Yo lo maté.

Aquellas eran las palabras que Andrea no había querido oír... las palabras que esperaba que no dijera esa noche.

—Sé que te sientes responsable de lo que ocurrió... —comenzó a decir, pensando en lo que Griff le había contado.

—No es que me sienta responsable, Andrea. Es que lo maté. Yo fui el único que mató a Paul. Y no en un sentido figurado. Lo maté literalmente. Eso es lo que estoy intentando decirte: maté a tu marido.

El impacto de las palabras de Duncan alcanzó por fin el cerebro de Andrea, transformando bruscamente todo lo que hasta entonces había creído comprender.

—¿Quieres decir... que lo mataste con tus propias manos? —susurró.

—Con mis propias manos, sí —repitió Duncan suavemente.

Andrea no era capaz de adivinar la expresión de su propio rostro. Ni siquiera era muy consciente de lo que le estaba pasando por la cabeza.

Al cabo de un momento, Duncan retrocedió otro paso. Se alejó de ella. Deslizándose entre las sombras, llegó hasta el final de la cama. En aquella ocasión, Andrea no intentó detenerlo. Duncan salió de la habitación dejándola completamente sola.

—Tienes que poner a otra persona a cargo de esto.

—Pero sí tú mismo dijiste que no estabas seriamente herido. Andrea está bien, así que...

—Ese no es el problema —lo interrumpió Duncan bruscamente—.

Si lo que estás planeando es que estemos juntos, el juego ya ha terminado, Griff. Ya está bien.

—No tengo a nadie más —Griff no se molestó en negar su acusación—. Y no tendré a nadie más durante un par de días. No quiero dejar a Andrea sola —continuó Griff—, y menos después de lo que me has contado. Mandaré a alguien a San Francisco en cuanto me sea posible. Te lo prometo.

La mano herida de Duncan se tensó convulsiva y dolorosamente sobre el auricular. Al parecer no tenía otra opción. Hasta que apareciera alguien en escena dispuesto a hacerse cargo de aquella misión, le iba a tocar a él intentar averiguar lo que estaba pasando—. ¿Has averiguado algo sobre Blackheart? —le preguntó, en vez de contestar a la petición de Griff. Cabot lo conocía suficientemente bien como para comprender que no iba a abandonar la misión hasta que no lo hubieran sustituido—. Ayer estuve investigando un poco en una biblioteca pública, así que estoy enterado de cuál fue su anterior ocupación. He estado pensando que quizá este haya sido su último robo. Un golpe final que le permita retirarse.

—Lleva mucho tiempo limpio —respondió Griff—. Hemos estado valorando la mayor parte de la información disponible sobre la empresa de Blackheart y sabemos que cuenta con clientes muy ricos. No parece que esté intentando esconder su pasado. Pero, por otra parte, al parecer Patrick Blackheart tiene un hijo. Un hijo ilegítimo al que nunca reconoció.

—¿Y? —preguntó Duncan, intentando comprender qué relevancia podía tener eso para su caso.

—Michael Blackheart acaba de salir de prisión.

—¿Estuvo encarcelado por robo?

—Es un ladrón de guante blanco. Al parecer ha seguido los pasos de su padre.

—¿Y ahora donde está? —preguntó Duncan, mientras volvía a valorar cómo había reaccionado frente a los dos hombres que lo

habían atacado.

Había pensado en un primer momento que la voz del hombre que sostenía la linterna podía ser la de Blackheart. Pero posteriormente había advertido algo que le había hecho decidir que aquella impresión se debía más a su tono que al parecido de su voz. ¿Sería posible que se tratara de la voz de su hijo?

—No lo sabemos, estamos intentando averiguarlo. Y también estamos intentando cotejar los objetos con algunos cuya pérdida ha sido denunciada después de la guerra. El problema es que tiene que haber alguien que haga la denuncia.

—Un superviviente, como la abuela de Andrea.

—Que, por cierto, nunca denunció la desaparición de esa caja.

—A lo mejor no tenía ninguna esperanza de volverla a ver — sugirió Duncan.

—Y es muy probable que haya otras muchas personas que piensen lo mismo que ella, lo que convierte lo que estamos intentando hacer en algo mucho más difícil — se produjo un pequeño silencio y Griff cambió de tema—. ¿Puedes decirnos algo más sobre los hombres que te atacaron?

—No los vi. Nadie los vio. Cuando llegó el guarda de seguridad del hotel habían desaparecido.

—¿Qué impresión te dieron?

—Parecían estar disfrutando — contestó Duncan—. A juzgar por sus preguntas, no sé si lo que pretendían era buscar información o intentar intimidarme. Supondrán que lo que voy a hacer ahora es largarme de San Francisco. Pero lo que sucedió en la habitación del hotel no tiene nada que ver con mi petición de ser sustituido — contestó, sintiéndose a la defensiva, a pesar de saber que Griff lo conocía perfectamente.

—En ningún momento lo he pensado — le aseguró Griff con calma. Y se produjo otro silencio—. ¿Le has contado a Andrea lo que pasó

realmente en Irak?

– Le he dicho la verdad.

Por su tono, era evidente que no quería seguir hablando de ello. O al menos esperaba que lo fuera.

Griff pasó por alto el tema.

– Te llamaré en cuanto tengamos algo definitivo sobre los objetos robados. O sobre cualquier otra cosa. Hasta entonces...

– Estaré aquí – contestó Duncan brevemente.

Pulsó el botón del teléfono inalámbrico con el pulgar, el único dedo que podía mover sin que le doliera. Cuando se volvió, Andrea estaba observándolo desde el marco de la puerta.

– ¿Tienes algo más que contarme?

– ¿Sobre qué?

Dejó el teléfono sobre la mesa y colocó la mano sobre el paquete de hielo que Andrea le había preparado.

– Sobre la muerte de Paul.

– Pensaba que no querías hablar sobre eso.

No estaba preparado para lo que había ocurrido. Sabía que era un error responder a aquel beso, pero cuando Andrea había rozado sus labios y había descubierto que su boca era tan suave y cálida como siempre había imaginado, no había podido resistirse.

– Y no quería. Pero ahora ya has hablado...

– Déjalo, Andrea. Lo que ha pasado hace unos minutos ha sido un error. Afortunadamente, no es un error irreparable.

– ¿Estás hablando de lo que ha ocurrido entre nosotros?

– No ha ocurrido nada entre nosotros. Salvo unos cuantos besos y una confesión a destiempo.

– ¿A qué confesión te refieres exactamente?

¿Por qué demonios no habría mantenido la boca cerrada una noche más? Después de la cantidad de años que había pasado sin decirle lo que sentía...

– Me refiero a lo de la muerte de Paul.

– Si lo que has dicho es cierto, entonces creo que tengo que saber el porqué. Tengo derecho a saberlo. No puedes decirme algo así y después decidir que no vas a explicarme nada más.

– No voy a explicarte nada más. Lo que ocurrió fue en el transcurso de una misión que, por lo que yo sé, todavía es confidencial.

– ¿Y tu has jurado no divulgar nada sobre ella?

– Algo así.

– La famosa seguridad nacional – Andrea rio con desprecio—. ¿Hicisteis algún tipo de ceremonia? ¿Os tocó Griff en el hombro con su espada mágica y de pronto os convertisteis en los defensores de la libertad mundial?

– Algo así – repitió Duncan, con el mismo sarcasmo que ella.

– Quiero saber cómo murió mi marido, maldita sea.

– No quieres saberlo – respondió él—. Confía en mí, Andrea, no quieres saberlo.

Quizá por el tono de su voz o quizá por su mirada, pero el caso fue que al final Andrea pareció creerlo. En aquella ocasión, fue ella la que retrocedió.

Después de que Andrea desapareciera en la oscuridad del pasillo, Duncan bajó la mirada hacia sus manos. La de carne y hueso le parecía extremadamente vulnerable después de los acontecimientos de la noche anterior. Y la otra... la otra era un recuerdo constante de algo que había sucedido mucho tiempo atrás, «casi desde el momento que te conocí».

Andrea Sorrenson no era para él. Teniendo en cuenta quién era él

y lo que había hecho, nunca lo sería.

– Es Helms – dijo Andrea.

Duncan abrió un ojo y lo cerró rápidamente para protegerse del sol de la mañana, que entraba a raudales por las ventanas del estudio de Andrea. Había intentado permanecer despierto y vigilante, pero al parecer se había quedado dormido en el sofá de cuero.

Evidentemente, su vigilancia no había sido necesaria. Todo parecía perfectamente normal. El olor del café competía con la fragancia del champú que Andrea había utilizado en una ducha reciente. Esta llevaba una toalla colocada a modo de turbante en la cabeza y una bata azul marino atada a la cintura. Había tenido que doblar las mangas para que no le cubrieran las manos; con una de ellas, sostenía el teléfono.

– ¿Y qué quiere? – preguntó Duncan, intentando dominar el terrible dolor de cabeza.

– Cree saber cómo se produjo el robo y quiere demostrártelo.

– ¿Quiere que vaya al hotel?

– No, a Helms Enterprises. Y no quiere que Blackheart sepa que vas a reunirte con él.

– ¿Eso quiere decir que sospecha de Blackheart?

– Piensa que los ladrones podrían haber recibido ayuda de Blackheart o de alguno de sus empleados.

Como esa era la misma conclusión a la que Duncan había llegado el día anterior, asintió y alargó la mano hacia el teléfono.

– Le he dicho que te daría el mensaje.

– ¿Ha colgado?

– Había mucho ruido de fondo. Parecía estar en una reunión.

Duncan volvió a asentir, preguntándose por qué tendría la sensación de que Andrea no estaba contándole todo. A pesar de lo que

había ocurrido la noche anterior, no había ninguna razón para que Andrea le ocultara información sobre el robo. Al fin y al cabo, se estaba ocupando del caso porque ella se lo había pedido.

– ¿Ha llamado Griff? – le preguntó.

– Esta mañana no. ¿Tiene que llamarte?

– No necesariamente – admitió –. Supongo que estoy esperando a que me dé alguna pista que nos permita empezar a investigar.

– Al parecer Helms ya la ha encontrado.

Duncan asintió, preguntándose qué podría haber averiguado Helms que no hubiera sido obvio para las fuentes con las que Griff trabajaba. A no ser que Helms pensara que Duncan debería ver algo relacionado con el recién descubierto hijo de Blackheart. Y, por supuesto, solo había una forma de averiguarlo.

– Necesito una ducha.

– Tienes toallas limpias en el baño. Tu camisa está en la secadora. Helms quiere que estemos allí en menos de una hora. Esas han sido sus palabras.

– ¿Los dos? – preguntó Duncan con extrañeza.

– Eso es lo que ha dicho. Y recuerda que yo también tengo mucho interés en esto.

A Duncan no le gustaban las opciones que tenía. Llevar a Andrea con él, tal como Helms había indicado, significaba que tendrían que pasar más tiempo juntos. Y después de lo de la noche anterior, sería una incomodidad para ambos.

Pero la otra opción era dejarla sola, desprotegida.

– Dame media hora y una taza de café – le sugirió, tras unos segundos de reflexión.

– He pensado que debería ver esto – dijo Helms, empujando las gafas con el índice sobre el puente de su nariz.

Cuando el guarda de seguridad los había conducido hacia el vestíbulo en el que Helms los estaba esperando, este ni siquiera les había dado las gracias por acudir a su cita. No había hecho ningún intento por iniciar una conversación amistosa. Incluso el recibimiento que le había brindado a Andrea había sido cortante y despreocupado. Estaba tratando a Duncan como habría tratado a cualquiera de sus empleados. Quizá aquella fuera su forma de tratar a todo el mundo.

— ¿Qué es? —le preguntó Duncan.

— Ahora lo verá —contestó Helms, empujando una puerta y haciendo un gesto para que lo precedieran. Entró primero Andrea y Duncan la siguió. Después de la noche anterior, sintió un cosquilleo de aprensión al entrar en una habitación a oscuras. Sin embargo, en cuanto se reunió con ellos, Helms pulsó el interruptor.

Estaban en lo que parecía ser una sala de reuniones. Teniendo en cuenta el estilo funcional del vestíbulo, la sala tenía una decoración mucho más elaborada de lo que Duncan había esperado.

Las mesas habían sido dispuestas en forma de «T», con un atril en medio del travesaño horizontal. Detrás del atril había una enorme pantalla.

Alrededor de las mesas habían alineado cómodas sillas de cuero para unas cincuenta personas. Sobre una de las mesas, había un montón de objetos de diferentes formas y tamaños cubiertos con una tela.

— Estos objetos fueron puestos en venta en el mercado negro ayer por la noche —les dijo Helms, acercándose al montón de objetos y levantando la tela.

— ¿Perteneían a la colección?

— Yo los compré por una pequeña parte de su valor. Tenía la esperanza de encontrar alguna pista sobre quién había estado involucrado en su robo.

— ¿Y ha encontrado algo?

Helms vaciló un instante antes de contestar.

– Al parecer, fueron unos ladrones más sofisticados de lo que pensaba.

– Pero a la señora Sorrenson le ha comentado que tenía alguna pista sobre quién cometió el robo.

Helms miró el rostro de Andrea durante unos segundos, antes de desviar la mirada hacia Duncan.

– Creo que alguien ayudó al ladrón desde el interior.

– ¿Cree que se trataba de un único ladrón?

– Exacto. Y trabajó completamente solo.

– ¿Cómo lo sabe? – preguntó Andrea.

– ¿Recuerdan las cintas del circuito de vigilancia que Blackheart decía que se habían estropeado?

Duncan asintió, comprendiendo por fin por qué los habían llevado a aquella habitación.

– Pues hemos recuperado las imágenes perdidas gracias a una pequeña intervención por nuestra parte. Es sorprendente lo que puede llegar a hacer un ordenador. Incluso con unas cintas de vídeo que supuestamente están en blanco. Y es bastante extraño que Blackheart dijera eso, teniendo en cuenta a qué se dedica.

– A mí me sorprende que no destrozaran las cintas – comentó Duncan.

– Supongo que el ladrón pensó que borrando las cintas eliminaría permanentemente las imágenes que pudieran contener.

Duncan habría pensado lo mismo.

– ¿Y... no es ese el caso?

– La tecnología es la salvación para aquellos que son suficientemente inteligentes y valerosos como para emplearla, señor Culhane. ¿Quiere usted ver la película?

Duncan inclinó la cabeza mostrando su acuerdo y miró a Andrea. Esta lo miraba con expresión interrogante. Obviamente, estaba tan sorprendida como él por lo que acababa de decir Helms.

—En realidad son un poco largas —comentó Helms—, creo que estaría más cómoda si se sentara, señora Sorrenson.

Al tiempo que hacía la sugerencia, tocaba el respaldo de una silla que había al final de una hilera de mesas. La silla giró fácilmente, a pesar del espesor de la alfombra. Helms le dirigió a Andrea una sonrisa y señaló la silla, invitándola a sentarse.

Andrea volvió a mirar a Duncan con expresión interrogante. Este asintió con un movimiento rápido y apenas perceptible, esperando que su anfitrión no se diera cuenta. Cuando Andrea se hubo sentado, Helms giró la silla, de modo que Andrea tuviera la pantalla justo enfrente. Después, se volvió hacia Duncan, invitándolo con un gesto a sentarse.

—¿Señor Culhane?

—Estoy bien así.

Por alguna extraña razón, sintió un escalofrío. Él no era un experto como Helms, pero cuanto más pensaba en ello, más convencido estaba de que si las cintas habían sido borradas, era completamente imposible recuperar las imágenes.

Si hubiera sido posible, él estaría al tanto del proceso. Y también Blackheart. A menos que ese proceso fuera tan novedoso que la empresa de Helms acabara de desarrollarlo y todavía no hubiera obtenido la patente de protección. En ese caso, Helms no estaría dispuesto a mostrarlo ante nadie.

La incomodidad de Duncan aumentó cuando se apagaron las luces de la sala, como si estuvieran en un teatro. A pesar de todas aquellas preguntas para las que no tenía respuesta, sus ojos volaron hacia la pantalla.

Era evidente que había algo en las cintas. Pero tardó algunos

segundos en acostumbrarse a la oscuridad de las imágenes. Y otros tantos en encontrarles sentido.

Lo que estaba apareciendo en la pantalla de la sala de reuniones de Helms no era algo que hubiera ocurrido en San Francisco dos noches atrás. Y no tenía nada que ver con Blackheart, ni con su hijo. Ni siquiera con el robo de la colección de Helms.

Cuando la pantalla se iluminó y la cinta en blanco y negro comenzó a correr sobre sus cabezas, Duncan sintió el mismo sudor frío que lo había empapado cuando se había dado cuenta de que alguien había atado sus manos a la silla del hotel. Porque no tenía ninguna duda de dónde se habían filmado aquellas películas. Y no era durante la recepción celebrada por una casa de subastas, sino en una habitación oscura de la terrible prisión de Basra. Y el rostro que aparecía en la pantalla no era el de Patrick Blackheart. Y tampoco el de su hijo.

Era el rostro de Duncan. Al menos hasta que la cámara giró hacia las facciones contorsionadas de otro hombre. Un hombre que había muerto allí, Un hombre al que él había matado.

Un hombre llamado Paul Sorrenson.

Capítulo 5

– Apáguelo –exigió Duncan.

Apartó su horrorizada mirada de la pantalla y buscó el rostro de Andrea en la oscuridad. La luz parpadeante iluminaba sus ojos abiertos como platos mientras observaba las mismas imágenes que habían poblado las pesadillas de Duncan durante los últimos cinco años.

Andrea no desvió la mirada ni siquiera cuando las palabras de Duncan sonaron en la habitación. Tenía los labios entreabiertos mientras el hombre que había sido su marido gritaba una y otra vez en la pantalla.

Duncan dio un paso hacia ella, reclamando su atención. Pero Andrea tenía la mirada clavada en la pantalla, enfrentándose por vez primera a la brutalidad que le estaba siendo revelada.

Duncan comprendía perfectamente por qué no podía dejar de mirarla. Especialmente después de la noche anterior.

La única forma de evitar aquello era hacer que Helms apagara el vídeo. Pero hasta que no dio un paso más hacia aquel genio de las computadoras, no comenzó a darse cuenta de las serias implicaciones de lo que les estaban mostrando.

–¿Qué demonios está haciendo, Helms? ¿Por qué le está enseñando esto?

Al tiempo que le pedía una explicación, Duncan estaba intentando pensar cómo podría haber llegado aquella cinta a las manos de Helms. Probablemente había sido filmada como propaganda por la célula terrorista que Paul y él habían intentado eliminar durante su última misión en Oriente Medio. Después de la muerte de Paul, Cabot le había asegurado a Duncan que todas las copias de aquella atrocidad habían sido eliminadas.

Y, por lo que él sabía, la cinta no había sido utilizada nunca para su propósito original, de modo que no había tenido ningún motivo para dudar de las palabras de Griff. Hasta ese momento.

Preso de una furia sobrecogedora, agarró a Helms por las solapas de la chaqueta en cuanto estuvo a su lado.

Helms apenas se inmutó. Solo sus gafas estuvieron a punto de caer al suelo, pero se las ajustó con un rápido movimiento. Los truculentos sonidos de lo que había ocurrido cinco años atrás en Irak continuaban reverberando en la habitación.

—Yo no lo haría —dijo Helms suavemente.

La queda amenaza que teñía su advertencia penetró la furia de Duncan. Después, moviéndose con deliberada lentitud, Helms volvió la cabeza hacia la derecha.

Duncan siguió el curso de su mirada y descubrió el cañón de un rifle apuntando desde la ventanilla de protección. El punto rojo del objetivo apuntaba directamente hacia la cabeza de Andrea Sorrenson.

Duncan la miró a los ojos. Ella los tenía completamente fijos en la pantalla, aparentemente ajena a todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

—Quíteme las manos de encima —le ordenó Helms, en tono suave, pero amenazador.

Duncan había sabido durante mucho tiempo que una amenaza contra Andrea era la única arma contra la que no podría luchar. Una presión que no sería capaz de soportar.

Obligó a sus dedos a liberar la suave seda que sostenían. Helms se balanceó ligeramente cuando lo soltó. Se apoyó directamente en el respaldo de la silla que le había ofrecido antes a Duncan.

¿Se la habría ofrecido para que estuviera suficientemente cerca de Andrea y pudieran apuntarlos con el mismo rifle?

—¿Cómo ha conseguido esa cinta? —preguntó Duncan, en un tono

casi tan suave como el de Helms.

Estaba empezando a asumir que no podía hacer nada para evitar que Andrea lo viera. La información sobre cómo había obtenido Helms la cinta era irrelevante, pero quería saberlo.

– Casi todo se puede comprar si se ofrece dinero suficiente.

– ¿Y cuánto ofreció usted por esa obscenidad? – preguntó Duncan –. ¿Y a quién?

La mirada de Duncan había volado hacia la pantalla. La cámara estaba en aquel momento fija en el rostro de Paul. Duncan observó tan angustiado como cinco años atrás cómo torturaban a su compañeros.

Y como no podía soportar pensar en lo que estaba a punto de ocurrir, se volvió hacia Helms. Sentía una presión tan intensa en el pecho y en la garganta que no era capaz de respirar. Se dirigió hacia Helms, como si él fuera uno de los tipos que estaban torturando a su amigo en la pantalla.

– Estoy seguro de que teniendo en cuenta su pasado, Culhane, es perfectamente consciente de las relaciones existentes entre diferentes organizaciones internacionales que, a pesar de sus diferencias, comparten objetivos similares.

Duncan no era capaz de concentrarse en lo que Helms estaba diciendo. No con el sonido del creciente horror que acompañaba las imágenes que cruzaban la pantalla. Las únicas palabras de Helms que consiguieron causarle algún impacto fueron «teniendo en cuenta su pasado».

Pero Helms no podía ser consciente de su pasado. No solo el Equipo de Seguridad Exterior había sido desmantelado, sino que todos sus recuerdos habían sido eliminados de los archivos de la CÍA y habían creado nuevas identidades para, la mayoría de ellos. Y, en interés de la seguridad nacional, o al menos así decía la CÍA, sus recuerdos también habían sido «ajustados», para que nadie pudiera asociarlo con la agencia de inteligencia.

—¿Mi pasado? —repitió con mucho cuidado.

—Han hecho un excelente trabajo —dijo Helms—. Felicite a su jefe de mi parte. Sin embargo, cometieron un par de negligencias. Y con los ordenadores es muy fácil descubrir ese tipo de anomalías. Un detalle aquí o allá que no encaja... Y suficientes pistas como para saber que usted no ha venido a San Francisco solo por un ladrón. A menos, por supuesto, que la agencia también estuviera metida en eso.

—¿Qué agencia? —la inicial sensación de inquietud se había convertido en un torrente, pero todavía había demasiadas cosas que no comprendía.

—¿Recuerda que conté con la ventaja de varios días previos a su llegada para investigar la reclamación de la señora Sorrenson, al igual que su pasado. En el curso de la investigación, descubrí las conexiones de su marido con la CÍA. Después, cuando apareció usted y descubrí su relación...

Duncan estaba empezando a encontrar sentido a todo aquello. De alguna manera, Helms había descubierto la relación de Paul con la agencia. Y parecía tener la impresión de que la CÍA había enviado a Andrea y a Duncan por alguna razón que iba más allá del legítimo deseo de recuperar la caja de música de su abuela. Pero Duncan no tenía la menor idea de cuál pensaba Helms que podía ser su objetivo.

—No sé de qué está hablando.

Helms parecía demasiado seguro de los hechos como para que se tragara aquel farol. E indudablemente tenía razón sobre la capacidad de los ordenadores para emprender la clase de investigación de la que estaba hablando.

—Por favor, no insulte mi inteligencia. Usted era uno de los mejores agentes antiterroristas de la CÍA, vinculado a un grupo altamente especializado conocido eufemísticamente como El Equipo de Seguridad Exterior. Ese no es el tipo de trabajo al que alguien como usted renunciaría, Culhane y ambos lo sabemos.

Aquella vez Duncan ni siquiera intentó negarlo. Helms estaba muy

bien informado.

—Sería muy interesante descubrir cómo ha llegado a enterarse la agencia de mis actividades —continuó diciendo el millonario—. Supongo que sería mucho esperar que estuviera dispuesto a colaborar conmigo proporcionándome esa información.

Evidentemente, Helms estaba involucrado en algo que debía interesarle a la CÍA. Duncan no sabía lo que era, pero le parecía poco probable que a aquellas alturas Helms lo creyera.

—¿No? —preguntó Helms retóricamente—. Entonces quizá podamos persuadir a la señora Sorrenson para que nos dé esa información.

Era la misma amenaza que habían hecho los matones la noche anterior. ¿Serían hombres de Helms? Mientras aquella frase se formulaba en su cerebro, comprendió lo acertado de aquella idea. Había incluso pensado en la similitud de sus tácticas con las de la noche anterior. Por supuesto, los nazis no tenían la patente de la brutalidad por la brutalidad, pero su conexión con el ladrón original de la caja de música parecía añadir verosimilitud a aquella idea.

Mientras hacía lo que Helms acababa de sugerirle, comprendió el significado de algo que él mismo acababa de confesarle: «Estoy seguro de que es perfectamente consciente de las relaciones entre organizaciones internacionales que, a pesar de sus diferencias, comparten objetivos similares».

Los terroristas que habían filmado aquel vídeo albergaban una bien documentada animosidad contra el Estado de Israel. Cincuenta años atrás, el odio que había hecho crecer ese mismo Estado hundía sus raíces en el movimiento que había obligado a los abuelos de Andrea y a miles de ciudadanos como ellos a abandonar Europa.

—Aquí viene la parte más interesante —dijo Helms, volviéndose hacia la pantalla. Una pequeña sonrisa asomó a sus labios—. Tengo que confesar que me gusta mucho esta secuencia. Es de lo más ingeniosa. No se la pierdan —añadió, con la mirada cargada de

maliciosa diversión, girándose un momento hacia Duncan antes de volverse nueva y casi ávidamente hacia la pantalla.

Duncan se preparó mentalmente para lo que sabía que iba a llegar a continuación, pero a pesar de la advertencia de Helms, se sobresaltó cuando el pequeño explosivo que los terroristas habían atado a su mano derecha estalló. Inmediatamente después, se oyó el disparo de una pistola, cuyo mecanismo estaba presto a estallar inmediatamente después del explosivo.

A continuación todo era silencio. No más gritos. Ningún sonido en absoluto, salvo el suave correr de la cinta.

A pesar de lo consciente que era del peligro que estaban corriendo, Duncan cerró los ojos, luchando contra la fuerza de su memoria. Se encontraba a sí mismo reviviendo cada una de las sensaciones. El atontamiento que siguió al más increíble de los dolores. Podía oler su propia carne quemada, al igual que el humo ácido y denso del explosivo que inundaba aquella minúscula habitación.

La memoria fluía sobre él como una cascada de angustia. Para Duncan, lo que había sucedido no era una imagen en una pantalla. Era algo que le habían obligado a vivir. Uno de los momentos capitales de su vida. El momento de la muerte de Paul Sorrenson.

Los secuestradores habían dejado en sus manos la decisión de que Paul Sorrenson dejara o no de sufrir. Y si Duncan había encontrado valor para liberar a su amigo de la terrible tortura que le estaban infligiendo, los terroristas se habían asegurado de que pagara un precio inolvidable por aquella decisión.

Pero lo realmente inolvidable no había sido la pérdida de la mano. Lo más devastador había sido el precio emocional que Duncan había tenido que pagar por lo ocurrido.

El Equipo de Seguridad Exterior había montado un exitoso operativo de rescate menos de tres horas después. A pesar de que Griff le había asegurado que Paul habría muerto mucho antes de que ellos llegaran, Duncan continuaría preguntándose mientras viviera si

había tomado o no la opción acertada.

—¿Duncan?

Era la voz de Andrea. La pregunta de Andrea. Una pregunta que, a pesar de lo que Helms quisiera hacer con ellos, tendría que contestar.

Abrió los ojos y descubrió que habían encendido las luces de la sala.

Andrea se había levantado de la silla. El mejor asiento de la sala, pensó Duncan con amargura, cuidadosamente elegido para que las imágenes de la pantalla tuvieran el máximo efecto en ella.

Y cuando la miró a los ojos, descubrió que lo habían tenido. Andrea estaba ligeramente inclinada hacia delante, con las manos apoyadas en la mesa, soportando su peso. Su rostro había perdido el color y tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

—Lo siento —dijo Duncan.

Sus palabras fueron poco más que un ronco susurro y se preguntó si Andrea habría entendido.

Ella sacudió la cabeza en respuesta. Fue un movimiento rápido y tenso. Abrió la boca. Los labios le temblaban, pero no dijo nada.

—Qué conmovedor —los interrumpió Helms, con voz burlona—. Confieso que me encanta la tensión del final, pero me parece... tan violento. Espero que no nos obligue a tener que volver a filmar esa escena en particular, señora Sorrenson.

—Eso... —empezó a decir Andrea antes de que se le quebrara la voz. Cerró la boca y tragó saliva con fuerza—. Lo que sucedió en esa cinta no tiene nada que ver con esto.

Duncan creía que Andrea estaba tan concentrada en aquella terrorífica cinta que no había escuchado la explicación de Helms. Pero al parecer, había estado más pendiente de su conversación de lo que él pensaba.

– Esto no tiene nada que ver con Paul ni con el trabajo de Duncan para la CÍA. Mi abuela me pidió que me pusiera en contacto con usted para intentar conseguir su caja de música. Por eso lo llamé, es la única razón. Y después, cuando robaron la caja y el resto del tesoro, le pedí a Duncan que me ayudara a encontrarlos.

– E hizo la petición a través de un hombre llamado Griff Cabot que, por pura casualidad, supongo, fue un antiguo asesor de uno de los directores de la CÍA. ¿Se cree que soy estúpido, señora Sorrenson? Los objetos elegidos para la subasta fueron seleccionados en virtud del hecho de que nadie pudiera reclamarlos. Nadie.

– ¿Y eso cómo podía saberlo? – preguntó Andrea.

Helms vaciló ligeramente antes de contestar.

– Como ya le he explicado a Culhane, los ordenadores son instrumentos sorprendentemente eficientes.

– Pero los ordenadores no borran los recuerdos. Aunque quizá usted tenga una forma más personal de asegurarse de que las personas que fueron robadas no reclamen los objetos. ¿Cómo trabaja exactamente, señor Helms?

– ¿Será posible que no lo sepa? – preguntó Helms, fingiendo incredulidad—. Esto sería realmente propio del teatro del absurdo. Serial increíble que se hubiera metido en esto por casualidad.

– Por casualidad o no, el caso es que usted está vendiendo obras de arte que fueron robadas por los nazis – dijo Andrea—. Ese es el problema, ¿verdad?

– Andrea – le advirtió Duncan, que había llegado a la conclusión de que aquello solo era parte de la historia. Porque eso no explicaba, por supuesto, cómo había adquirido Helms la película que acababa de mostrarles, ni su misteriosa afirmación sobre las organizaciones internacionales que compartían los mismos objetivos.

– Todo fue robado por los nazis, ¿verdad? – dijo Andrea, deslizando la mirada por los objetos colocados sobre la mesa—. Y

estaba convencido de poder llevar a cabo la subasta porque había investigado a las familias de los propietarios originales y creía que ninguno había sobrevivido a la guerra. No entiendo cómo ha podido llegar a esa conclusión. Al fin y al cabo, mi abuela está perfectamente viva.

– Y es una pena para ustedes dos – dijo Helms –. De otra manera, no se habrían visto involucrados en esto.

– Me pregunto en qué habrán fallado sus ordenadores – se burló Andrea –. Supongo que mis abuelos no fueron detectados por sus máquinas porque se habían cambiado el apellido. Mi abuelo no quería hacerlo, pero se vio obligado a ello para poder ser aceptado por los círculos médicos del país.

– Me temo que no es una historia aislada – dijo Helms –. Muchas personas, y algunas con honorables apellidos, se vieron obligadas a cambiar su apellido en aquella época.

– Sus apellidos, pero no sus historias. Ni sus recuerdos – dijo Andrea –. De hecho, los recuerdos fueron haciéndose más fuertes a medida que pasaban los años, a pesar de que los apologistas nazis intentaron, y siguen intentando, negar la realidad de lo ocurrido.

Se movió a lo largo de la mesa, hasta llegar a la altura de Helms. El teleobjetivo láser, menos visible desde que las luces se habían encendido, la seguía por toda la habitación.

– Me pregunto a quién pertenecería esto – preguntó, levantando una pieza lacada del montón de objetos que Helms les había mostrado antes.

– ¿A otro cerdo judío? – sugirió el empresario, burlón –. Sin embargo, ahora me pertenece a mí.

– ¿Como botín de guerra?

– Fueron los vencedores los que se quedaron con el botín – respondió Helms con amargura –. Nosotros no vencimos, por lo menos entonces.

—¿Nosotros? —repitió Duncan, intentando llamar la atención de Helms, No estaba seguro de lo que Andrea tenía en mente. Y, lo más importante, no estaba seguro de que hubiera visto el rifle.

Helms sonrió.

—Qué remilgado, Culhane. Pero me temo que ya es un poco tarde para eso.

—Neonazis —dijo Andrea—., Lo único que le falta es una camisa marrón y uno de esos ridículos bigotes.

Duncan no fue capaz de comprender por qué aquella burla en particular tuvo tanto efecto en Helms. O si Andrea sabía que lo tendría. Helms comenzó a caminar hacia ella, cubriendo la distancia que los separaba con un par de zancadas. Los ojos de Duncan volaron inmediatamente hacia la ventana de proyección, desde donde asomaba el cañón de un rifle.

—¡Andrea! —gritó—. ¡Agáchate!

Pero en vez de agacharse, Andrea levantó el pie, golpeando el asiento de uno de las sillas de cuero. Esta se deslizó hacia delante, interceptándole al paso a Helms. El rifle disparó. La bala pasó silbando por donde segundos antes estaba la propia Andrea para terminar arremetiendo contra los objetos que estaban sobre la mesa.

La silla se deslizaba como una carabela sobre la alfombra, dirigiéndose hacia Helms. Este la agarró con las manos y la enfiló hacia Duncan, que estaba intentando cruzar la habitación para acercarse a Andrea.

No estaba muy seguro de qué haría cuando lo consiguiera, aparte de tumbarse sobre ella para protegerla. Si alguna vez la alcanzaba...

Le llevó un par de segundos deshacerse de la silla. Para entonces, un nuevo disparo había hecho astillas parte de una mesa. Retrocedió instintivamente para evitar el tiro. Y cuando volvió la cabeza, ya no vio a Andrea.

Gracias a Dios, tampoco estaba tumbada y sin vida en el suelo. En

realidad había desaparecido. Duncan rezó al Cielo para que estuviera a salvo debajo de una mesa, antes de alcanzar a Helms.

De espaldas a Duncan, el millonario estaba mirando hacia arriba, gritándole a quienquiera que estuviera en la cabina de proyección. Duncan le rodeó el pecho con los brazos, clavándole los codos a ambos lados.

Sosteniendo a un furioso Helms entre él y el rifle, Duncan se inclinó hacia delante y bajó la cabeza para intentar ver a través de las patas de las sillas bajo las mesas.

Arrastró a su escudo humano con él mientras intentaba localizar a Andrea. Pero al dar un paso, tropezó con una silla. Perdió el equilibrio, soltó la mano izquierda y echó hacia delante la derecha para prevenir la caída.

Helms aprovechó aquel momento para liberarse de Duncan. Corrió hacia delante, sin dejar de gritar hacia la pantalla de proyección.

En cuanto Helms puso alguna distancia entre ellos, Duncan sintió que una bala le rozaba la manga de la cazadora, antes de chocar contra el borde metálico de la silla contra la que había caído.

Utilizando el respaldo de la silla para recuperar el equilibrio, se irguió nuevamente y se tiró hacia delante, intentando hacerle un placaje a Helms por las rodillas. Consiguió atrapar los brazos de Helms antes que las piernas y lo oyó aullar al caer al suelo. Duncan rodó hacia un lado, buscando protección bajo una de las mesas. Una bala pasó silbando al lado de su cabeza, obligándolo a presionarse contra las patas de las sillas.

Mientras lo hacía, Helms se alejó gateando de él, dirigiéndose hacia la parte trasera de la habitación. Duncan intentó perseguirlo, pero las balas le cortaban el camino. Con el rifle siguiendo cada uno de sus pasos, no podía hacer otra cosa que observar a Helms dirigiéndose hacia una puerta que seguramente conducía hacia la cabina de proyección.

—Duncan.

El desesperado susurro de Andrea lo hizo volverse hacia la puerta por la que habían entrado en aquella sala. Mientras él y Helms estaban peleando, Andrea había conseguido abrirse camino entre las mesas y estaba situada bajo la pared en la que estaba la pantalla de proyección. Había llegado hasta allí sin que la viera el pistolero.

En ese momento estaba agachada bajo la puerta, con la mano derecha levantada y los dedos colocados sobre el panel de control que tenía justo encima de la cabeza. En cuanto tuvo la certeza de que Duncan la había visto, giró el dial, dejando la habitación en sombras. Sin esperar a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, Duncan se incorporó y cruzó hacia el lugar en el que creía estaba la puerta. A medida que se iba acercando, oía los gritos desesperados de Helms y, en cuanto su secuaz comprendió el mensaje, explotó una lluvia de balas a su alrededor.

No iba a llegar, pensó, con la adrenalina corriendo por su cuerpo. Era imposible cruzar la habitación y escapar a aquella cortina de fuego sin un arma. Completamente imposible.

Pero de pronto, estaba allí. Cayendo encima de Andrea. Presionando su cuerpo contra la puerta. Reconociéndola instantáneamente, incluso en la oscuridad. Y siendo dolorosamente consciente, mientras las balas los rodeaban, de que la dulce y sutil esencia de su cuerpo podría ser el último recuerdo de su existencia.

Capítulo 6

Andrea debía de tener una mano apoyada en el pomo de la puerta porque en cuanto el cuerpo de Duncan entró en contacto con el suyo, lo giró, la puerta se abrió y ambos cayeron rodando hacia el pasillo. Duncan la envolvió en sus brazos y la empujó bruscamente hacia un lado, mientras los disparos del rifle continuaban rebotando contra la puerta. Una alarma se disparó muy cerca de ellos. Un sonido ensordecedor rebotaba contra las paredes del estrecho pasillo. Andrea alzó la cabeza. Sus ojos se cruzaron con los de Duncan, preguntándole qué hacer a continuación. Como si estuviera intentando decidir, Duncan abrió entonces los ojos como platos. Andrea se volvió para mirar por encima de su hombro. Bajo el irritante aullido de la alarma, llegaba hasta ellos el sonido inconfundible de personas corriendo a lo largo del pasillo. Y mientras ambos escuchaban con atención, conteniendo la respiración, se hizo obvio que se dirigían hacia ellos.

Duncan agarró a Andrea del brazo, arrastrándola tras él mientras comenzaba a correr en dirección contraria. No tenía idea de adonde podía conducirlos aquel pasillo, puesto que habían llegado a la sala de conferencias desde la otra dirección. Desde la dirección por la que oían aproximarse aquellos pasos.

El pasillo parecía extenderse hacia el infinito; no había ninguna salida de emergencias, ninguna escalera. No podrían escapar, era la frase que se repetía sin cesar en la cabeza de Duncan, hasta que al final, después de lo que le pareció una eternidad, rodearon una esquina y se encontraron frente a una hilera de ascensores.

Duncan dio un paso adelante y presionó la mano contra el botón de subida. Sus perseguidores pensarían que intentarían llegar al vestíbulo para salir a la calle. Y quizá fuera eso lo que deberían hacer, pensó Duncan, justo antes de que las puertas se abrieran ante ellos.

Cada vez oían más de cerca a sus perseguidores. Fuera o no la

decisión adecuada, ya no podían vacilar.

Duncan agarró a Andrea del brazo y la empujó al interior del ascensor. Esta se inclinó contra la pared. El sonido de su respiración jadeante parecía llenar el ascensor con más intensidad que el imparable zumbido de la alarma.

Duncan miró el panel del ascensor. Increíblemente, puesto que estaban en la torre central del edificio, había solamente tres botones. Uno que marcaba el primer piso, otro etiquetado con el irrelevante nombre de «Empresa», y el tercero que conducía a un piso más alto, pero sin ninguna designación en particular.

Casi sin vacilar, el dedo índice de Duncan voló hacia el botón sin marcar. ¿Sería el despacho de Helms, o quizá un apartamento privado?, se preguntó mientras las puertas comenzaban a cerrarse. Con un poco de suerte, correspondería a la azotea. Por supuesto, no tenían ninguna garantía de que hubiera alguna forma de bajar desde allí que no fuera ese mismo ascensor. Y tampoco, se recordó, de que realmente su destino fuera alguno de esos lugares.

Juntos, con las miradas fijas en las puertas del ascensor, observaban pasar piso tras piso mientras subían. Duncan se maldecía a sí mismo por no haber intentado meter al menos algún tipo de arma en el edificio. Habían tenido que pasar por un detector de metales, de modo que probablemente no habría tenido éxito. Los guardas les habían retenido hasta los móviles. Todas aquellas medidas eran pura rutina para una empresa como la de Helms, que trabajaba en muchos de sus proyectos para el Ministerio de Defensa. Después del desastre de Los Álamos, el gobierno exigía rigurosas medidas de seguridad a todas sus contratas.

Y Duncan no había tenido ninguna razón para sospechar de la llamada que los había llevado hasta allí. No tenía ninguna prueba de que Helms estuviera involucrado en nada ilegal, más allá del hecho de que era propietario de un objeto de origen sospechoso. Un objeto que se había mostrado dispuesto a devolver a sus legítimos propietarios

en cuanto había sido informado de ello.

El ascensor se detuvo bruscamente. Demasiado bruscamente. Ni siquiera habían tenido tiempo para recuperar la respiración.

Cuando las puertas empezaron a abrirse, Duncan colocó a Andrea tras él, ofreciéndole nuevamente toda la protección que podía. Que siempre sería poca, recordó con amargura, teniendo en cuenta el rifle de la sala de proyección.

– Oh, Dios mío – susurró Andrea.

Estaba tan cerca de él que Duncan sintió su aliento en el cuello. Y cuando alzó la mirada, sus ojos reflejaron el mismo asombro y la misma incredulidad que había expresado la voz de Andrea.

La habitación frente a la que se abrieron las puertas del ascensor era enorme. Alineadas en ambas paredes, había dos filas de expositores que exhibían todo tipo de parafernalia nazi: cascos, uniformes, medallas, documentos... Toda ella cuidadosamente iluminada, como si fuera una valiosa colección de arte.

Y al final de la habitación, iluminado como si fuera un santuario medieval, había una enorme fotografía en blanco y negro del *Führer*, con los talones de las botas militarmente presionados y la palma de la mano y el brazo rígidamente extendidos.

Bajo la foto había un estrado y a cada lado del escenario, sendas puertas cerradas.

Mientras Duncan supervisaba precipitadamente la habitación, comprendió que aquellas puertas eran las únicas de la habitación. Helms no quería que aquella zona fuera demasiado accesible, por supuesto. No podía permitirse el lujo de que sus empleados tropezaran con ella. Ni sus clientes. Que, por cierto, pensó Duncan, incluían no solo al Ministerio de Defensa, sino también a otras agencias del gobierno.

De modo que era obvio que Helms pretendía que aquello solo fuera visible para los que compartían su perversa ideología. Aquel era

un templo al nazismo y a sus seguidores.

Que por cierto, desembarcarían de un momento a otro por aquel mismo ascensor, se recordó.

Tuvo que sacudirse mentalmente para liberarse de la sensación de irrealidad que lo había invadido al ver aquella habitación. Se sentía como si estuviera en el Berlín de los años treinta.

A pesar de los esfuerzos de Helms por hacer que aquella zona fuera inaccesible, tenía que haber una escalera o alguna forma de acceso. En caso contrario, el edificio no cumpliría las medidas exigidas de seguridad y Duncan no podía permitirse pensar en las muchas posibilidades que tenía Helms de sobornar a cualquier inspector para que pasara por alto un detalle como aquel.

La salida de incendios debía estar localizada tras una de las dos puertas del estrado, razonó. La enormidad del espacio que había que cruzar para llegar hasta ellas era desalentadora, pero no tenían otra opción.

—Vamos —dijo Duncan.

Tomó a Andrea de la mano. Estaban más cerca del pasillo derecho, que corría entre los asientos de cuero y los expositores.

Sus pasos resonaban mientras corrían. El suelo se inclinaba ligeramente hacia el estrado. Habían recorrido aproximadamente un tercio del pasillo cuando Andrea se detuvo y lo agarró con fuerza de la muñeca.

—Pistolas —dijo.

Sin aminorar la velocidad de sus pasos, Duncan volvió la cabeza y descubrió a Andrea mirando las cajas por delante de las que estaban pasando.

—No estarán cargadas.

—Conociendo a Helms... —continuaba resistiéndose a caminar, de modo que Duncan prácticamente tuvo que arrastrarla.

—No conocemos a Helms —replicó, pero al menos había disminuido lo suficiente la velocidad como para verificar que Andrea tenía razón sobre el contenido de aquellos expositores.

Y entonces comprendió lo que Andrea pretendía decir sobre el millonario. ¿Qué placer encontraría en estar rodeado por todos aquellos objetos si no fueran realmente auténticos? Para alguien como Helms, debía ser imprescindible que aquellas armas pudieran funcionar tal como lo habían hecho sesenta años atrás.

Pero no tenían plena seguridad, se dijo Duncan, corriendo nuevamente a toda velocidad.

Estaban a punto de alcanzar el estrado. No podían permitirse el lujo de perder ni un segundo pensando que podía haber munición en aquellas armas. Ni siquiera estando de acuerdo con Andrea en la forma de funcionamiento de la mente de Helms.

Además, probablemente el cristal fuera irrompible. Quizá incluso a prueba de balas. Y no tenían ninguna forma de...

El timbre de los ascensores sonó tras ellos. Ya no tenían tiempo de huir. Se habían acabado las oportunidades. La suerte no estaba de su parte.

A menos que Andrea tuviera razón. Sin mirar atrás, Duncan aminoró el paso y empujó a Andrea para que pasara delante de él.

—Corre hacia las puertas —le ordenó—. Tiene que haber una escalera de incendios en alguna parte.

No esperó a ver si lo obedecía. Y tampoco se fijó en lo que estaba pasando en los ascensores. Lo único que sabía era que la puerta de uno de ellos pronto se abriría. Y que sus ocupantes tardarían varios segundos en acostumbrarse a la tenue luz de aquel lugar. Y mientras lo hacían...

Levantó la mano derecha. Una mano de veinte mil dólares construida con plástico, aluminio y polietileno. Intentando no pensar en el daño que iba a infligirle, golpeó la prótesis con todas sus fuerzas

contra el cristal del expositor más cercano.

Mientras la fuerza del golpe reverberaba a través del lado derecho de su cuerpo, se dio cuenta de que ni siquiera había examinado los contenidos de aquel expositor en particular. Buscó frenéticamente con la mirada y descubrió, con una oleada de inmenso alivio, que contenía una de las armas en las que Andrea se había fijado. Y si hubiera tenido que elegir un arma para aquella situación, probablemente no habría encontrado nada mejor que aquella ametralladora Schmeisser que descansaba tentadoramente tras el cristal todavía intacto.

Entonces, casi por accidente, sus ojos descubrieron la raja provocada por el impacto de la prótesis. Volvió a golpear el cristal una y otra vez, aporreándolo hasta que consiguió hacerlo añicos. Antes de que hubieran caído al suelo los pedazos de cristal, Duncan ya había metido el brazo en su interior, evitando los afilados bordes del vidrio cortado.

Dio instrucciones a sus dedos para que agarraran la culata de la metralleta. Pero aquella garra artificial se negaba a cerrarse alrededor de la metralleta.

Antes casi de que hubiera tenido tiempo de asumirlo, una bala impactó contra el cristal, que explotó en miles de pedazos, algunos de los cuales quedaron incrustados en la mejilla de Duncan.

Definitivamente, el cristal no era a prueba de balas.

Duncan se agachó entre el expositor del cristal roto y el siguiente. Bajó la cabeza mientras las balas continuaban destrozando algunos de los aparadores.

Debían de estar apuntándole a él, pensó, pero las balas pasaban por encima de su cabeza y por encima de los asientos del teatro, que le ofrecían alguna protección.

Arrodillado entre los expositores, alzó la mirada hacia el estrado que había bajo la fotografía del *Führer*. No había señal de Andrea por ninguna parte. Las dos puertas continuaban cerradas. Y lo único que le cabía era esperar que se hubiera puesto a salvo tras alguna de

aquellas puertas antes de que hubiera empezado el tiroteo.

Hasta aquel momento, sus perseguidores habían sido bastante cautelosos. Quizá estuvieran al tanto del arsenal que contenían los expositores. Pero seguramente dejarían de ser tan cuidadosos si él no les devolvía el fuego.

Alzó la mirada y localizó la metralleta a la izquierda de su cabeza. Mientras el tiroteo procedente del ascensor disminuía, intentó alcanzarla otra vez, en aquella ocasión utilizando la mano izquierda. Pero antes de que pudiera agarrar el arma, una ráfaga de un arma automática se abrió camino hasta el expositor.

Duncan volvió a agacharse mientras el cristal se desplomaba sobre su cabeza y sus hombros. En cuanto cesó la ráfaga, alzó de nuevo la mirada y examinó el arma, que no parecía haber sufrido ningún daño. Pero la situación no dejaba de ser complicada.

¿Qué ocurriría si el arma no estaba cargada? ¿O si el mecanismo de disparo había sido dañado por alguna de las balas? ¿Y si...?

Antes de que su cerebro pudiera formular la siguiente pregunta, una potente música hizo temblar la habitación. Duncan alzó la mirada, intentando averiguar de dónde procedía.

Los altavoces colgaban justo detrás de varias banderas rojas. Su tamaño y potencia eran dolorosamente obvios mientras sonaba la canción.

Deutschland, Deutschland, über alies. La letra del himno nazi retumbaba contra las paredes de cemento. Sonaba a tal volumen que casi le resultaba difícil pensar. Y si pudiera pensar...

Se irguió y estiró la mano izquierda, hinchada y arañada, hacia el arma. Una vez más, los disparos le obligaron a apartarla.

| Quienquiera que estuviera en el ascensor, se había acostumbrado más rápidamente al impacto de la música que él.

En cuanto el fuego amainó, Duncan alzó la mano, al tiempo que miraba hacia la zona de los ascensores. Descubrió tres figuras saliendo

cautelosamente del ascensor, con las armas en posición de disparo. Si no encontraban resistencia, no tardarían en salir también los demás.

De pronto, además de la música ensordecedora, comenzaron a aparecer imágenes en la pantalla. La fotografía del *Führer* se metamorfoseó en una marcha de las tropas nazis, seguida por planos de los bombardeos sobre una ciudad.

La prodigiosa tecnología de Helms combinada con el infalible sentido de la teatralidad de Goebbels, pensó Duncan mientras observaba. Con el himno nazi bombardeándolo de fondo, era una imagen verdaderamente impresionante.

Las imágenes cambiantes de la pantalla se transformaban en luces y sombras en el auditorio, que engañaban a la mirada y al cerebro. En cuanto lo advirtió, Duncan decidió aprovecharse de ello. Se inclinó ligeramente hacia delante y, en aquella ocasión, consiguió cerrar la mano alrededor de la Schmeisser y sacarla de su lugar.

Se volvió con el dedo sobre el gatillo mientras su corazón palpitaba al ritmo de la oración que su mente no se atrevía a formular. La vieja metralleta respondió mostrando toda su capacidad destructiva sobre las puertas del ascensor.

Dos de las figuras cayeron con la primera andanada. Las otras se refugiaron en el interior del ascensor, pero Duncan no dejó de disparar. Todo el acero que los rodeaba se había transformado de pronto en su aliado.

Mientras continuaba disparando, las balas rebotaban sobre el metal, sumando aquel estrépito al himno que sonaba por los altavoces. Alguien gritó y como Duncan no estaba seguro de si Andrea había encontrado refugio, dejó de disparar mientras intentaba escuchar.

La música volvió a resonar contra sus tímpanos, ahogando cualquier otro ruido. Duncan comenzó a retroceder hacia el estrado, disparando de vez en cuando para contener a sus enemigos demostrándoles que todavía estaba vivo.

Esperaba la llegada de refuerzos en cualquier momento, y lo sorprendía que todavía no hubieran aparecido. Por supuesto, Helms no podía enviar a los guardas de seguridad de la empresa a aquel lugar y posiblemente solo había un puñado de sus fieles esbirros neonazis disponibles en el edificio. Si era así, Andrea y él habían tenido suerte. Y si pudiera contener a aquel contingente en el ascensor hasta que llegara a las puertas de detrás del estrado...

Cuando comenzó a retroceder hacia las escaleras que subían a la plataforma, alguien tuvo valor suficiente para asomar la cabeza por las puertas del ascensor. Duncan, que había comenzado ya a subir, se vio obligado a bajar.

—Duncan.

Volvió la cabeza en respuesta a aquella llamada. Andrea estaba acurrucada detrás del atril. Durante los segundos en los que Duncan se permitió a sí mismo examinarla antes de que su mirada volara de nuevo hacia los ascensores, pudo asegurarse de que no estaba herida.

—Aquí está el panel de control de la sala —le indicó ella.

En la parte posterior del atril, había una puerta de acceso que estaba abierta. En su interior se podía ver un tablero lleno de diales, botones e interruptores. Aparentemente, Andrea había estado experimentando con ellos, lo que explicaba el origen de la música y las proyecciones.

—Déjalo —le ordenó. No entendía cómo podían ayudarlos aquellos juguetes de Helms.

—Espera —respondió ella, volviéndose hacia la pantalla—. Va a empezar otra vez.

Había algo en la pantalla que quería que viera, comprendió Duncan. Algo que pensaba era suficientemente importante como para retrasar su marcha. Duncan volvió a recorrer la sala con la mirada.

Al parecer, había conseguido asustar a quienquiera que estuviera en el ascensor. Nadie parecía dispuesto a salir. Pero no era tan

optimista como para pensar que todos estaban muertos. No, todavía no.

– Ahora – lo avisó Andrea.

Duncan se volvió obedientemente hacia la pantalla y alzó la mirada. En la pantalla había una imagen mucho más moderna que las pocas que había tenido oportunidad de ver anteriormente. Y además la reconoció instantáneamente. Había aparecido una y otra vez en millones de televisiones durante la primavera pasada.

En la pantalla aparecía el triste armazón de lo que alguna vez había sido la oficina regional del FBI en Pankhurst, Wyoming. Pero no aparecía ninguna de las víctimas del atentado que normalmente acompañaban aquellas dolorosas imágenes. La siguiente imagen era un mapa de Estados Unidos.

Aunque la bomba de Pankhurst, que había sido colocada en la puerta de un grupo político radical había sido una bomba de TNT, en el mapa aparecía una pequeña nube con forma de hongo sobre un lugar aproximado. La nube iba elevándose mediante una técnica de animación y cuando se disipaba, comenzaban a formarse otras en diferentes puntos del mapa.

Empezando por el noroeste, se extendían diferentes objetivos señalados con círculos rojos, todos ellos perfectamente etiquetados. El Templo Emanu, el de Nueva York. El Museo Nacional del Holocausto en Washington...

Mientras Duncan intentaba concentrarse en los nombres, un tintineo le indicó que el otro ascensor acababa de llegar. Andrea y él se volvieron simultáneamente y se miraron a los ojos.

Duncan inclinó la cabeza hacia la puerta, en una silenciosa orden. Sin replicar, Andrea se levantó y comenzó a caminar hacia la puerta situada al lado derecho del estrado. Duncan la siguió, apuntando en todo momento con el arma hacia los ascensores.

Solo en aquel momento se planteó la posibilidad de que aquella puerta estuviera cerrada. Pero volvió la cabeza a tiempo de ver cómo

cedía el picaporte bajo la mano de Andrea. Después, volvió a fijar la mirada en los ascensores, dio un par de grandes zancadas y empujó a Andrea hacia la oscuridad de la habitación que había tras la puerta.

Cerró la puerta utilizando el codo izquierdo, y al ver que no tenía cerrojo alguno, se apoyó contra ella.

— ¡Hay una ventana! —le indicó Andrea.

Duncan se tensó al instante, y miró por encima del hombro.

Mientras calculaba el tamaño de la ventana, intentó imaginar qué uso podría tener, teniendo en cuenta la altura a la que se encontraban. Tenía que haber otra salida, se dijo. No tenía sentido que aquella zona estuviera completamente aislada.

Andrea se abrió camino por la habitación y corrió la cortina que ocultaba la ventana. La luz del sol iluminó la habitación, mostrando unas paredes llenas de estanterías que contenían vídeos, libros y panfletos. Todo estaba perfectamente etiquetado. Había también uniformes nazis, perfectamente ordenados por tallas y cajas de cartón que contenían banderas.

— Tiene que haber otra forma de salir de aquí —dijo Andrea, repitiendo lo que Duncan estaba pensando minutos antes.

Pero él ya no estaba tan seguro. Quizá la escalera con la que él contaba estuviera en la otra puerta del estrado y aquella habitación fuera solamente un almacén.

Miró a su alrededor. Había cuatro sillas metálicas, apiladas una encima de otra en una esquina. Cruzó la habitación, pensando colocar una de ellas bajo el pomo de la puerta, un simple pero efectivo mecanismo para impedir que la abrieran. Aunque no consiguiera retener durante mucho tiempo a los hombres de Helms, por lo menos los advertiría de su llegada.

No se hacía ilusiones sobre la posibilidad de que Helms los dejara salir vivos del edificio. En el transcurso de lo que estaba ocurriendo, habían aprendido demasiado sobre los terroríficos objetivos de Helms.

Se colocó la Schmeisser bajo el brazo mientras intentaba separar una silla de las demás. Al final, dejó el arma en el suelo y utilizó la mano izquierda para sacarla. La llevó hacia la puerta y la colocó tal como había previsto.

Volvió a tomar la metralleta y al volverse descubrió a Andrea subida a otra de las sillas, buscando la forma de abrir la ventana. Duncan sabía lo que estaba haciendo. Ella y Paul habían pasado muchos fines de semana escalando y Andrea conocía todas las técnicas sobre el descenso en rappel, pero bajar por la falda de una montaña no era lo mismo que hacerlo por un edificio como aquel.

Andrea encontró el mecanismo de apertura de la ventana y se volvió con una sonrisa casi triunfal. Duncan sintió una oleada de amor y admiración. Andrea era tan consciente como él de las pocas probabilidades que tenía de salir con vida, pero aun así, estaba dispuesta a seguir luchando, se negaba a rendirse.

– Hay un saliente. No es muy grande, pero creo que cabremos.

– ¿Escalera de incendios?

– No, al menos que yo pueda ver desde aquí. Pero lo único que necesitamos hacer es bajar un piso.

– ¿Un piso?

– Sí, bajar a un piso con ascensores normales, teléfonos, quizá incluso gente. Tiene que haber alguien en esta oficina que no esté involucrado en esta locura.

Era cierto. Probablemente, solo un pequeño porcentaje de los empleados de Helms era consciente de su filosofía. Pero el problema no era conseguir que alguien los ayudara, sino cómo demonios entrar en el edificio una vez hubieran salido. Tenía que haber otra salida que no se pareciera tanto al suicidio.

El silencio crecía mientras Andrea esperaba una respuesta. Y de pronto, alguien golpeó la puerta.

Duncan se acordó entonces de respirar. Y justo cuando lo estaba

haciendo, alguien hizo temblar la puerta con un golpe. Las patas de la silla se hundieron en el suelo.

Quienquiera que estuviera al otro lado, había encontrado algo suficientemente fuerte como para conseguir que si la silla no cedía, lo hiciera la madera.

Duncan retrocedió hacia Andrea con los ojos fijos en la puerta. Mientras caminaba, escrutaba las estanterías por las que habían pasado antes. Con la mano derecha, sacó una de las cajas que contenía banderas. Abrió las tapas y las sacó.

– Átalas – le susurró a Andrea.

Andrea abrió los ojos como platos al comprender lo que pretendía y bajó de la silla en la que se había subido, dispuesta a obedecer.

Capítulo 7

Duncan vio el cañón de una pistola asomando por la puerta mientras Andrea se dedicaba a atar los extremos de aquellas largas banderas.

Mientras terminaba de atar los extremos de la tela con movimientos frenéticos, Andrea alzó la mirada. No hacia la puerta, sino hacia el hombre al que había arrastrado a aquella situación. Un favor a una amiga. Eso era todo lo que se suponía que debía haber sido aquello. Sus motivaciones eran tan puras, por supuesto. Pero si no hubiera sido por lo que había pasado la noche anterior, Duncan nunca lo habría sabido.

Duncan se volvió para comprobar sus progresos. Arrodillada al lado de la caja, Andrea ya había anudado todas las banderas que tenían a su alcance. Cuando se dio cuenta, Duncan se arrodilló, intentando levantar la tela.

Y solo entonces, al ver la torpeza con la que manejaba la tela, Andrea comprendió por qué no la estaba ayudando. Y no era, como en un principio había pensado, porque necesitara sostener el arma contra la puerta.

—¿Qué te pasa en la mano? —le preguntó, inclinándose hacia delante.

Duncan se volvió hacia la puerta sin contestar. Una de las bisagras de la puerta estaba comenzando a ceder.

—¿Duncan?

Continuaba sin contestar, Andrea alzó la mirada hacia el marco, sabiendo que en un minuto o dos la puerta cedería ante aquel asalto.

—Tú no piensas bajar, ¿verdad? —lo decía en un tono casi acusador. Él en ningún momento pretendía bajar por aquella ventana. Toda aquella estratagema era únicamente para que ella saliera. Pero si

pensaba que iba a marcharse sin él... — . No pienso irme sin ti. Y si es eso lo que estás pensando, ya puedes ir cambiando de opinión.

Era una frase que su madre le decía cuando era niña. Y sonaba tremendamente infantil en aquella ocasión. Pero por lo menos consiguió que Duncan volviera a mirarla.

Y de pronto, Andrea vio que los ojos de Duncan se iluminaban. Tardó un par de segundos en darse cuenta de que lo que estaba viendo en ellos era un brillo de diversión.

—Supongo que si tú pensabas que íbamos a salir los dos por esa ventana, podemos esperar que también ellos lo crean — dijo Duncan.

—Pero ya no vamos a marcharnos por allí — no era una pregunta.

—No, no nos vamos a ir.

—Pero... queremos que ellos crean que nos hemos marchado — concluyó Andrea, comenzando a entender lo que Duncan pretendía.

Mientras decía la última palabra, la puerta tembló. Los tornillos que sostenían la última bisagra saltaron, liberando la puerta del marco al que estaba sujeta.

—¿Y qué vamos a hacer? — preguntó Andrea en un susurro.

—Jugar al escondite — contestó Duncan—. Dame eso.

Agarró las banderas que Andrea había anudado. Con la mano derecha, advirtió Andrea. La mano que nunca le había permitido tocar. La misma con la que había puesto fin a la agonía de Paul.

Duncan no había mentado sobre el papel que había jugado en la muerte de su marido, pero no había intentado excusarse por lo que había hecho. De la misma forma que ella no había intentado explicarle por qué se había casado con su mejor amigo.

—Sobre Paul...

—Este no es momento para eso.

—Este es el momento más indicado para eso — replicó, mientras colocaba los dedos sobre la prótesis y lo miraba a los ojos—. Quiero

dartar las gracias. Y sé que Paul querría que lo hiciera. Lo que hiciste — se le quebró la voz inesperadamente y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Hace falta ser un gran amigo y tener mucho valor para hacer lo que hiciste.

Duncan pestañeó con fuerza y tragó saliva, pero no desvió la mirada. Y tampoco apartó sus dedos de los de Andrea.

Ninguno de los dos se movió hasta que un nuevo golpe comenzó a astillar la madera de la puerta.

Andrea cerró los ojos. Quizá para esconder lo que sentía. Quizá para controlar la amenaza de las lágrimas. O quizá para rezar pidiendo que los planes de Duncan funcionaran.

—¿Andy?

Andrea abrió los ojos y le sonrió. Duncan le tendió la ametralladora.

—Si traspasan la puerta, aprieta el gatillo y no dejes de disparar hasta que se haya vaciado el cargador.

Andrea se levantó mientras Duncan se dirigía con la tela hacia la ventana para correr la cortina y oscurecer de aquella forma la habitación.

A continuación, oyó los pasos de Duncan acercándose a ella, pero mantuvo los ojos fijos en la puerta hacia la que apuntaba. Duncan la tomó del codo para guiarla a través de la habitación a oscuras y la apoyó contra la pared de la puerta. La madera del marco crujió antes de que las patas metálicas de la silla cedieran, lo que significaba que los hombres de Helms estaban a punto de entrar. Empujarían la puerta hacia delante y...

¿Duncan pensaba que podrían esconderse tras ella? Al darse cuenta de en qué consistía su plan, Andrea sintió un ataque de náuseas. Aquello no podía funcionar. Los esbirros de Helms los verían nada más entrar. Alguien encendería las luces, buscaría en la habitación... Pero en vez de expresar sus dudas, Andrea se estrechó

contra él y decidió confiar en su experiencia.

Todo sucedió tan rápido que apenas hubo tiempo para el miedo. Los hombres de Helms dieron una patada a la puerta. Pero la puerta ni siquiera se abrió. Los perseguidores de Andrea y de Duncan la abrieron lo suficiente como para que uno de ellos pudiera introducir la parte superior del cuerpo y recorriera con la mirada el interior de la habitación.

– Hijos de perra. Se han escapado por la ventana.

Otros dos hombres se asomaron por la puerta para comprobarlo. Andrea apartó la mirada de la puerta, sabiendo que no podía hacer nada para cambiar el curso de lo que estaba ocurriendo.

El haz de luz de una linterna iluminó la ventana. Duncan había cerrado la cortina de modo que la pequeña abertura que había dejado pareciera accidental.

Y la artimaña funcionó.

Sin poder creer apenas que aquello fuera tan simple, Andrea oyó que los hombres abandonaban la puerta. Mientras oía sus pasos alejarse, esperó a que Duncan se moviera.

Por la postura de este, era obvio que estaba escuchando. Con el corazón en la garganta, Andrea también escuchaba, intentando oír algo más que aquella música infernal.

Duncan se colocó directamente tras la puerta y miró a través de la abertura que los hombres de Helms habían forzado. Casi inmediatamente, le hizo un gesto para indicarle que lo siguiera.

En cuestión de segundos habrían cruzado la puerta. Y solo entonces sabrían si su treta había conseguido engañar a alguien.

Duncan cruzó la puerta. Andrea esperaba oír disparos. O a alguien exigiéndole que saliera con los brazos en alto. Pero durante un largo tiempo, no oyó nada más que la música y los latidos de su propio corazón.

– Vamos.

La voz de Duncan. Andrea se deslizó por la puerta, ansiosa por dejar de estar sola, ocurriera lo que ocurriera al otro lado. Cuando salió, Duncan estaba a solo unos pasos de la puerta rota, barriendo el auditorio con la mirada. Sin volverse, inclinó la cabeza para señalarle la puerta del otro lado del estrado. Andrea pensaba que era por allí por donde habían salido los hombres de Helms.

Al advertir que vacilaba, Duncan volvió la cabeza y la miró con expresión interrogante. Depositando toda su confianza en la experiencia de Duncan, Andrea salió corriendo hacia la segunda puerta, agachada e intentando hacer el menor ruido posible.

Cuando llegó a la puerta, la abrió y descubrió un pasillo tenuemente iluminado por una claraboya un descubrimiento mucho más prometedor que su anterior elección. Sostuvo la puerta abierta mientras Duncan corría hacia ella.

En cuanto estuvo a su lado, la cerró y Duncan se le adelantó por el pasillo. Al final del pasillo se veía claramente un letrero señalando la salida.

Lo único que necesitaban era bajar un piso y acceder al lugar en el que trabajaba la gente normal. Sin embargo, cuando se estaban acercando al final, Duncan aminoró la marcha.

– Maldita sea – dijo un susurro.

Andrea descubrió entonces lo que Duncan ya había leído: aquella era la salida de emergencia.

– Eso significa que habrá alarmas – dijo en voz alta.

– Quizá esté conectada con los bomberos. O quizá solo con el servicio de seguridad de la empresa.

– Duncan...

– No tenemos otra opción – replicó él, antes de girar el pomo con la mano izquierda.

No ocurrió nada. Nada salvo que Duncan comenzó a bajar las

escaleras como si algo sucediera. Como si todavía los estuvieran persiguiendo. Asombrada por la falta de precaución con la que estaba bajando las escaleras, Andrea lo siguió, aterrándose a la barandilla.

Esperaba que Duncan se detuviera en el piso siguiente, pero él continuó bajando dos, tres, cuatro, cinco pisos. A Andrea estaba comenzando a dolerle el pecho cuando Duncan se detuvo al final de una de las puertas, se asomó por el cristal de la parte superior y, aparentemente satisfecho con lo que vio al otro lado, giró el pomo. No se movió.

– Bastardos – dijo, en un tono casi inexpresivo. Y siguió bajando hacia el piso siguiente.

– ¿Qué ocurrirá si todos los pisos están cerrados? – preguntó Andrea mientras lo seguía.

– Eso tendremos que descubrirlo cuando ocurra.

No tardaron mucho en hacerlo. Piso tras piso, fueron encontrando todas las puertas cerradas. Y de pronto, cuando estaban ya cerca del sótano, la puerta de uno de los descansillos se abrió.

La rutina de intentar girar el picaporte y continuar descendiendo se había hecho tan automática que Andrea casi se sorprendió. El hombre que encontraron al otro lado pareció tan sorprendido como ellos.

¿Sería uno de los hombres de Helms? ¿Pero cómo demonios saberlo?

Andrea lo averiguó antes incluso de haber terminado de formular la pregunta. No llevaba uniforme. Tenía la cabeza rapada, y la pistola que sostenía en la mano apuntó inmediatamente hacia el pecho de Andrea.

Pero antes de que tuviera tiempo de apretar el gatillo, Duncan disparó. Sin darle tiempo apenas a reaccionar, pasó por delante de Andrea, apartó al hombre muerto de su camino y agarró el pomo de la puerta con la mano derecha. Los dedos de la prótesis no se cerraban a

su alrededor. Y para cuando consiguió cambiarse el arma de mano, la puerta se cerró bruscamente.

—Maldición —siseó frustrado al tiempo que se colocaba tras la pared de la puerta y le indicaba a Andrea que hiciera lo mismo que él.

El segundo hombre que abrió la puerta ya había oído los disparos. Más receloso que el primero, se asomó con el arma preparada. Duncan se la quitó de las manos y le disparó directamente en el pecho. El hombre cayó hacia delante, hacia el descansillo, pero sus piernas impidieron que se cerrara la puerta.

Duncan pasó por encima de él, esperó unos segundos y pasó al otro lado del pasillo. Andrea lo siguió, pasando por encima del hombre al que Duncan había matado sin bajar siquiera la mirada.

El pasillo parecía estar desierto. En aquella ocasión, no había decisión alguna que tomar. Solo había una dirección que seguir.

Duncan comenzó a correr y Andrea lo siguió, esperando que él tuviera más idea que ella sobre la distribución del edificio.

De pronto, oyó algo tras ella. Sin dejar de correr, miró hacia atrás y vio a Helms y a un par de cabezas rapadas saliendo de la puerta que Duncan y ella habían utilizado para escapar.

—¡Duncan! —gritó.

—Por favor, no me obligue a matarla, señora Sorrenson —dijo Helms.

Duncan se volvió respondiendo a su llamada. Cuando vio a Helms y a sus hombres, colocó la ametralladora en posición de disparo.

Andrea continuó corriendo a toda velocidad hasta que vio a Duncan girando y señalando con la metralleta en su dirección.

—¡Andy, agáchate!

Antes de que hubiera podido obedecer, un par de brazos rodearon su pecho y la levantaron violentamente. Andrea soltó una patada y tuvo la satisfacción de sentir que su talón chocaba con fuerza contra la

espinilla del tipo que acababa de atraparla. Este gruñó una obscenidad, pero la sujetó con más fuerza.

—Baja la Schmeisser, Culhane. Todo ha terminado —dijo Helms.

Andrea incrementaba frenéticamente sus esfuerzos por deshacerse del hombre que la sostenía. Se retorció y pateaba, pero nada parecía efectivo.

—¡Dispara! —le gritó Andrea. Si Duncan se rendía, ambos estarían perdidos.

El problema era que, para matar a Helms, Duncan tenía que arriesgarse a que muriera también ella. Y si no mataba a Helms, este podría comenzar la campaña de terror que habían visto diseñada en sus mapas.

—Qué inteligente, señora Sorrenson. Y qué noble. Hay algo extraordinario en los dilemas morales —dijo el millonario—. Es sorprendente que todavía haya personas capaces de elegir entre un gesto noble y su propia vida. Aunque me temo que me resulta difícil identificarme con algo tan absurdo.

—¡Dispárale! —volvió a gritar Andrea.

—¿Qué hará, señor Culhane? —lo desafió Helms. No puede dispararme sin disparar a la señora Sorrenson, al menos con esa clase de arma.

—¡No se te ocurra dejarlo huir! —insistió Andrea—. Solo nosotros sabemos lo que está planeando, tienes que impedir que lo haga. ¡Dispárale, maldita sea!

—Estamos en tablas —bromeó Helms—. ¿O quizá hayamos llegado al jaque mate? —y añadió, en un tono completamente diferente—: Mátalo.

El otro hombre, el que estaba al lado de Helms, comenzó a moverse, dispuesto a disparar a Duncan.

Y Duncan no devolvería el disparo, estando ella de por medio.

Andrea dobló las rodillas y levantó los pies del suelo, convirtiéndose en un peso muerto. Cuando el hombre intentó agarrarla con fuerza, dejó caer los pies al suelo y se inclinó hacia la izquierda con todas sus fuerzas, justo hacia el hombre que tenía que disparar a Duncan.

Con aquella arremetida, el tipo que la sujetaba perdió el equilibrio. Andrea continuó sacudiéndose hacia los lados, haciéndolo tropezar con el hombre que estaba apuntando a Duncan y, ayudada por una repentina subida de adrenalina, consiguió separar las manos unidas que la sujetaban.

Comenzó a caer y antes de haber llegado al suelo, sintió el ya familiar tableteo de la ametralladora. Cerró los ojos y alzó las manos mientras a su alrededor salpicaba la sangre de los dos hombres a los que Duncan acababa de matar.

¿Y Helms? Abrió los ojos y descubrió a Duncan en el centro del pasillo, sosteniendo la Schmeisser con la mano izquierda. Andrea se volvió automáticamente para buscar al millonario con la mirada.

Este se había colocado contra la pared contraria. Andrea tenía la boca tan seca que ni siquiera podía gritarle a Duncan que lo matara, pero le envió aquella orden telepáticamente mientras Helms sacaba la pistola del bolsillo. «Dispárale», pensaba, como si estuviera dando una orden.

Como Duncan no disparaba, sus ojos volaron de nuevo hacia él y vio su dedo apretando el gatillo. En aquella ocasión, en vez del estruendo de la ametralladora, se oyó un chasquido seco.

Con un sordo rugido, Duncan tiró la ametralladora hacia Helms y comenzó a correr hacia él.

Pero Helms estaba siendo demasiado rápido.

Aquella frase golpeaba el cerebro de Andrea mientras todo parecía detenerse. Las piernas de Duncan, que parecían volar cuando bajaba las escaleras, se movían en aquel momento como si fueran por el agua. O como si estuvieran en un sueño. Demasiado despacio.

Y entonces, cuando comenzaba a girar hacia Helms, intentando juzgar si Duncan tenía alguna posibilidad de alcanzarlo antes de que le disparara, reparó en el arma que había soltado uno de los cabezas rapadas al morir.

Estaba justo a sus pies. Inmediatamente, se tiró hacia delante, tomó el arma con ambas manos y buscó torpemente el gatillo. Se oyeron dos disparos, uno inmediatamente después del otro.

Andrea fijó la mirada en su objetivo y poco a poco, fue dándose cuenta de que el suyo había sido el primero. Helms movía espasmódicamente la mano sobre su pecho, mientras la miraba con expresión incrédula.

— Cerda judía — la insultó.

Después, fue resbalando poco a poco hasta el suelo. La pistola con la que había apuntado a Duncan cayó de su mano y él continuó deslizándose hasta terminar derrumbándose. Para entonces, tenía los ojos en blanco y sin vida.

— Por mi familia — dijo Andrea — .Y por todos los demás.

Y por fin, las lágrimas que tantas veces habían amenazado con sobrecogerla, se hicieron cargo de la situación. Andrea estaba sollozando cuando Duncan llegó a su lado. Pero no pareció importarle.

Ya nada importaba, salvo que Duncan estaba abrazándola. Y aquella vez lo hacía como si no estuviera dispuesto a dejarla marchar.

Capítulo 8

–Griff te manda disculpas.

Andrea alzó la mirada de la bebida que Duncan le había preparado antes de llamar a Cabot. Duncan permanecía en la puerta de la cocina. Y parecía tan cansado como ella.

– ¿Por no saber en qué andaba metido Helms?

– Creo que se siente responsable de lo ocurrido.

– Yo también me siento responsable.

Duncan frunció el ceño y se acercó al mostrador en el que Andrea estaba sentada. Era el mismo lugar en el que él había estado sentado la noche anterior, aunque parecía haber pasado una eternidad desde entonces.

– Comprenderás que no siento que haya muerto Helms y no yo. Lo que siento es que hayas tenido que matarlo tú.

– ¿A cuántos hombres has matado, Duncan? –preguntó Andrea con voz queda. Y solo cuando vio el impacto que aquella pregunta había tenido en su expresión, se dio cuenta de lo que había hecho.

– A demasiados.

– No me refería a Paul –le advirtió Andrea rápidamente.

– Lo sé.

– Yo nunca había matado a nadie. Ni siquiera sabía que era capaz de hacerlo. Probablemente seas la única persona a la que podría decirle esto, pero en lo más profundo de mi ser, no sé si me arrepiento de haber apretado el gatillo. Una persona como Helms...

Lo traicionó la voz. Pero no necesitaba terminar la frase. Duncan comprendía perfectamente lo que estaba pensando.

– Cuando he dicho que me sentía responsable –le aclaró Andrea

—, lo decía por haberte metido en esto.

— ¿Preferirías haber manejado sola este asunto?

Había un rastro de diversión en su voz que también se reflejaba en sus ojos cansados.

—No me habría gustado hacerlo sola. Pero cuanto te pedí ayuda... Bueno, supongo que debería decirte que Griff no te eligió a ti al azar.

Duncan volvió a fruncir el ceño.

—No te comprendo.

—En realidad, no te asignó esta misión porque estabas en San Francisco. Yo le pedí a Griff que te la encargara a ti. Lo llamé para hablarle del robo, pero en el transcurso de la conversación...

Tomó aire. Era consciente de que estaba traicionando la confianza de Cabot, pero también de que necesitaba ser sincera en eso. Ya habían perdido demasiado tiempo.

—Pedí que fueras específicamente tú —terminó. Duncan no cambió de expresión—. ¿Ya lo sabías?

—En parte. Pero no entiendo por qué...

—Porque necesitaba verte. Necesitaba decirte...

Un tenso silencio sustituyó al final de la frase. Duncan lo llenó preguntando:

— ¿Decirme qué?

—Que quiero otra oportunidad. Que quiero que nos demos otra oportunidad.

—Andy...

—Sé qué piensas que hay demasiadas cosas entre nosotros. Que el pasado puede pesar demasiado.

—No puedes olvidarlo. Y yo tampoco.

— ¿Te refieres a la muerte de Paul? Por lo menos ahora sé la verdad sobre lo ocurrido. Algo que quizá debería agradecerle a

Helms. Tú nunca me lo habrías contado, ¿verdad?

Duncan negó con la cabeza, con un tenso movimiento.

—Ya te dije lo que sentía por lo que hiciste —continuó diciendo—. Paul te habría estado agradecido, como yo lo estoy.

—Si hubiera esperado, quizá todavía habría estado vivo cuando llegó el equipo de rescate.

—Griff me contó que habías tenido suerte de salir vivo —repuso ella. Involuntariamente, su mirada voló hacia la mano que había perdido aquel día—. No podrías haber mantenido vivo a Paul.

Duncan sacudió la cabeza, interrumpiendo sus palabras con un movimiento cortante.

—Si Paul hubiera muerto de otra forma, quizá... —terminó la frase con un suspiro.

Andrea sabía que no podía presionarlo más. Aquella noche no. Ambos estaban exhaustos.

—Griff me ha pedido que me quede contigo hasta que consiga que alguien se ocupe de reunir todos los objetos robados. Si todo va de acuerdo con lo previsto, para mañana por la tarde ya tendrá a alguien.

—Por supuesto —contestó Andrea. Sabía que no podía obligar a Duncan a aprovechar aquella oportunidad. Quizá con el tiempo...

Duncan comenzaba a volverse hacia la puerta cuando, inesperadamente, se detuvo para decirle:

—No podía haber pedido un compañero mejor para hoy.

—No ha estado mal para una aficionada —dijo Andrea, con una sonrisa ligeramente temblorosa.

—Nadie lo habría hecho mejor. Y yo trabajo siempre con los mejores.

—Lo sé —dijo Andrea, pensando en el buen hombre que había sido su marido—. Gracias por decírmelo.

Duncan volvió a asentir y se volvió hacia la puerta. En aquella ocasión, no volvió a mirar atrás.

El agua le golpeaba la nuca, aliviando las tensiones de su espalda. Habían sido dos días infernales, reconoció.

Tratar con Helms y con sus secuaces casi había sido lo mejor. Él tenía mucha experiencia en ese tipo de cosas. Sin embargo, tratar con Andrea...

Se volvió y alzó la barbilla para permitir que el agua cayera contra su pecho. Intentaba no pensar en lo que le había dicho Andrea. Intentaba no pensar en ella en absoluto.

Griff había prometido conseguir a alguien que lo sustituyera para el día siguiente. En menos de veinticuatro horas todo habría terminado y podría regresar a Nueva York. Y perderse en el trabajo de Phoenix.

Encontraba satisfacción en lo que hacía. Había conseguido las cosas que siempre había deseado en la vida. Cosas importantes.

Cuando Andrea se había casado con Paul, él había tenido que hacerse a la idea de que nunca iba a ser suya. Y tendría que acostumbrarse a ello otra vez. Pero necesitaba tiempo.

Una eternidad, probablemente.

Sostenía el jabón entre las manos, dejando que el agua corriera por su cuerpo. Se llevó la pastilla al pecho y comenzó a frotárselo con un movimiento circular hasta que empezó a salir espuma.

De pronto, oyó el ruido inconfundible del cristal de la mampara moviéndose. Y en cuanto lo oyó, sus entrañas se tensaron con la misma ansiedad que había sentido al entrar al restaurante el día anterior.

—He pensado que a lo mejor necesitas que te frote la espalda — dijo Andrea con naturalidad, casi bromeando.

Duncan no se volvió. No podía. Si no respondía, quizá Andrea

terminara marchándose.

— ¿Duncan?

— Andrea, vete — su voz sonó más dura de lo que pretendía, pero quizá fuera lo mejor.

— Mírame y vuelve a decirlo — en contraste, el tono de Andrea era suave, tranquilo, razonable.

En la cabeza de Duncan no había nada razonable. Sin embargo, estaba llena de sentimientos como el deseo, la necesidad, el amor... Y el miedo. Un miedo tan intenso que dominaba todo lo demás.

— Mírame — repitió Andrea.

Posó la mano en su hombro. La sacudida del deseo corrió por sus venas, inundando de sangre sus genitales con una clamorosa sensación. Duncan luchó contra la necesidad de responder y movió el hombro para apartar la mano de Andrea.

— Vete — repitió.

Si no se iba, sabía que aquella sería una batalla perdida. Y no podía permitirse ese lujo.

Apartó la mirada de la bañera para fijarla en las cicatrices de su brazo y en el muñón que terminaba dos o tres centímetros por debajo de su muñeca.

Desde que había sucedido aquello, ni siquiera había pensado en acariciar a una mujer. Y conociendo a Andrea...

— Anoche hablaste demasiado — le dijo Andrea.

Y tenía razón, por supuesto. Duncan había sabido desde el primer momento que había sido un error confesar lo que sentía por ella. Se había acostumbrado a utilizar su sentimiento de culpabilidad por la muerte de Paul como un escudo protector durante tanto tiempo, que casi se había convencido a sí mismo de que esa era la razón por la que no la llamaba. Casi.

Porque en el fondo de su mente, siempre había sido consciente de

la verdad.

Tomó aire, preparándose para lo que imaginaba que vería en los ojos de Andrea. Sabía que ella intentaría controlarlo rápidamente, pero le bastaría con un instante para saberlo.

Se volvió, sin intentar esconderse. Expuesto en toda su desnudez.

Pretendía concentrarse en su mirada para poder leer lo que decían sus ojos. Pero en el segundo que tardó en concentrar su mirada, ya vio demasiado. O al menos lo suficiente como para saber que también Andrea estaba desnuda.

Cuando sus ojos se fundieron, no vio en los de Andrea nada que pudiera reprocharle. Nada que alimentara sus temores. Nada, salvo la misma aceptación que había visto en ellos cuando Andrea había tomado su mano.

Y después, los vio examinar su cuerpo como si estuviera intentando aprender un nuevo y difícil lenguaje. Acariciaron sus cicatrices, pero no se detuvieron en ellas más que en otras zonas de su cuerpo.

Y cuando su mirada alcanzó la más fiel evidencia de su deseo, Andrea contuvo la respiración y lo miró divertida, sin el menor rastro de compasión o repugnancia.

— Eso no encaja muy bien con tus ganas de que me vaya.

— Nunca he dicho que no te desee.

Andrea asintió y apretó ligeramente los labios.

— No creo haberte pedido nada más.

— ¿Eso significa que no quieres nada más?

— No — contestó —. Solo quiero lo que estés dispuesto a darme. Si eso significa que no tengo orgullo, que así sea. Pero si algo he aprendido, Duncan, es que la vida es demasiado corta para ser cobarde.

— ¿Crees que tengo miedo? — preguntó Duncan, dolido.

– ¿Lo tienes?

Su silenciosa respuesta fue probablemente tan reveladora como lo habían sido los ojos de Andrea.

– Anoche, cuando me confesaste que estabas asustado, pensé que eras la persona más valiente que había conocido nunca.

– Estaba aterrado. Hay tantas cosas, tantas cosas cotidianas, para las que se necesitan dos manos...

Inconscientemente, Duncan se llevó el antebrazo derecho a la frente y Andrea siguió con la mirada aquel movimiento.

– Ayer por la noche, en la habitación del hotel, solo era capaz de pensar en... – se interrumpió al reparar en el eco del miedo en su voz.

– Lo sé – contestó Andrea suavemente –. Bueno, en realidad no lo sé, pero creo que puedo imaginármelo... – volvió las manos hacia arriba, con gesto de resignación –. Pero no creo que para hacer el amor se necesiten las dos manos. Pueden ayudar para algunas cosas, pero no son completamente necesarias...

No parecía un ultimátum, pero Duncan había sabido desde el primer momento que Andrea nunca le suplicaría. Aquel era el ofrecimiento final. Había dicho que aceptaría todo lo que él estuviera dispuesto a darle. Y lo que él quería darle... Tragó saliva, para vencer el nudo que tenía en la garganta. Sabía lo que quería darle. Y también lo que quería que ella le devolviera a cambio. Y lo único que tenía que hacer era encontrar el valor suficiente para admitir ambas cosas.

– Mírame, Andrea – dijo suavemente –. Sin manos.

El impacto que Duncan esperaba haber visto en sus ojos al volverse, al revelar un cuerpo que solo podía ser considerado como grotesco, estaba de pronto allí. Pero Andy hizo exactamente lo que se suponía que podía hacer. Lo que Duncan pretendía en realidad que hiciera. Soltó una carcajada.

– ¿Crees que será como montar en bicicleta? – le preguntó –. En cuanto se aprende...

– Bueno, eso espero. Hace mucho tiempo que no...

– Yo también. ¿Crees que nos acordaremos de cómo hay que hacerlo?

– Supongo que sí.

Alargó el brazo, tomando su rostro con la mano izquierda. Le acarició la mejilla con el pulgar y dibujó sus labios. Andrea sonrió, pero no se movió.

– Hace frío – susurró.

Duncan buscó tras él y cerró la ducha. Se hizo un silencio que resultaba casi embarazoso. Andrea se estremeció y se encorvó ligeramente, como si fuera una niña protegiéndose del frío.

Pero no había nada de infantil en ella. Una vez más, conscientemente en aquella ocasión, Duncan dejó que sus ojos estudiaran las delicadas curvas de su cuerpo.

– ¿Duncan?

– Hacer el amor contigo no va a ser suficiente, Andy. No va a ser todo lo que quiero.

– Estoy dispuesta aceptar lo que quieras darme, la parte de tu vida que quieras compartir.

Duncan dio un paso hacia ella y también Andrea se movió, de modo que sus cuerpos casi se rozaban. Si Duncan se inclinaba hacia delante, rozaría sus senos, los pequeños y oscuros pezones que el frío había endurecido, con el pecho.

Duncan inclinó la cabeza, alineando sus labios con los de Andrea. Ella abrió los ojos de par en par y pestañeó, intentando contener las lágrimas.

Duncan posó la mano en la pared que estaba tras ella y fue bajando lentamente la cabeza. Andrea entreabrió los labios esperando su beso. Posó las manos en sus hombros y se echó hacia delante.

Y todo lo que Duncan había anticipado pareció suceder al mismo

tiempo. El roce de sus senos contra su pecho, su erección tocando su vientre. Su lengua fundiéndose con la de ella.

Olvidándose de su miedo, Duncan colocó los brazos bajo sus caderas y al mismo tiempo, inclinó las rodillas, intentando profundizar el contacto entre sus cuerpos.

Andrea le rodeó el cuello con el brazo mientras él se colocaba entre sus muslos, presionándola contra las baldosas de la pared. El pecho de Duncan, cubierto de jabón, resbalaba contra el contorno de sus senos.

—Sí —suspiró Andrea contra su pecho, al tiempo que bajaba la mano buscando su erección, sosteniéndola, colocándola—. Sí, por favor.

Duncan se hundió en ella con un solo movimiento. Andrea jadeó y amortiguó un gemido contra la curva de su hombro. Colocó las piernas alrededor de la cintura de Duncan y abrió la boca contra su piel, mordisqueándolo suavemente mientras él se iba hundiendo en ella tan profundamente como si quisiera que sus almas se fundieran.

Por un momento, Duncan temió hacerle daño. Pero estaba pensando en aquella posibilidad cuando Andrea, utilizando los músculos de sus muslos, tensó las piernas alrededor de su cintura y se elevó y descendió en un erótico movimiento.

En aquella ocasión fue Duncan el que jadeó. Y a su jadeo le siguió un gemido grave, casi gutural. Andrea se movió en respuesta, arrastrándolo hacia dentro con sus músculos, invitándolo.

Duncan meció lentamente las caderas y buscó con la mano la suavidad de su seno. Con el pulgar, acariciaba el pezón, mientras el resto de sus dedos sostenían el rosado montículo.

Andrea, entre jadeos, tensó su cuerpo alrededor del miembro de Duncan. La intensidad de aquella sensación se repitió como un eco por todo su cuerpo, por cada milímetro de su sudada piel.

—Andy —gimió Duncan.

El nombre de Andrea era el único pensamiento que cabía en su

cabeza. Y su cuerpo gritaba la urgencia de derramarse dentro de ella. De dejarse llevar. Para encontrar por fin la liberación que se había negado durante los largos años que llevaba conociéndola y deseándola.

Siempre la había deseado.

Y con aquella admisión, desapareció toda posibilidad de control. Su cuerpo se convulsionó. Las caderas se estremecían contra la suavidad de su cuerpo. Y él no podía hacer nada para evitar lo que estaba ocurriendo.

Sus cuerpos se tensaron al unísono, perdiendo su individualidad para fundirse en un primitivo y eterno dueto, en una coreografía tan antigua como la propia vida.

Parecía durar muchísimo tiempo. Una fuente de cálida humedad alimentaba la dureza de su excitación mientras Andrea clavaba sus uñas y sus dientes en su espalda mientras Duncan la abrazaba.

Lenta, muy lentamente, el éxtasis fue desvaneciéndose. Sus cuerpos se relajaban el uno contra el otro. Las manos de Andrea se suavizaron sobre los músculos de la espalda de Duncan. Este sentía sus rodillas temblando de agotamiento y comenzó a ser consciente de lo cansado que estaba.

Al cabo de unos segundos, Andrea alzó la cabeza, apoyando la frente contra la de Duncan, y bajó las piernas lentamente.

Duncan, que se creía ya incapaz de sentir nada más, comprendió lo equivocado que estaba al sentir el roce de su cuerpo. Y cuando Andrea se dio cuenta de lo que estaba él sintiendo, alzó la cabeza, mostrándole unos ojos arrasados por la pasión. Y más cansados de lo que parecían anteriormente, cuando Duncan estaba tan preocupado por su fragilidad.

Pero no había nada frágil en la mujer con la que acababa de hacer el amor. Sus respuestas habían sido tan potentes y profundas como las suyas.

Duncan le había dicho a Andrea que había sido una buena compañera durante el día. Y lo mismo había sido aquella noche. Una compañera, un igual.

Duncan sacudió la cabeza, demasiado agotado, tanto física como emocionalmente, para decir nada. No era capaz de pensar con claridad. Porque había un solo pensamiento que se repetía en su cabeza con increíble claridad.

—Cásate conmigo —dijo, y tuvo la satisfacción de ver cómo se dilataban las pupilas de Andrea—. Ahora —añadió, todavía jadeante—. Te amo —susurró, recordando que todavía no se lo había dicho y que quizá aquello fuera más importante que todo lo demás.

—Sí —Andrea contestó a la primera pregunta antes de ser consciente de lo que Duncan acababa de confesarle.

Pero no importaba. Nada importaba, salvo la lección que Duncan había terminado por aprender aquel día.

La vida era corta y demasiado preciosa para ser cobarde.

Epílogo

La sala de reuniones de Blackheart Incorporated estaba decorada con mucho gusto. Todo lo que Ferris Blackheart hacía era un ejemplo de buen gusto, pensó Patrick, incluyendo la boda que estaba organizando para su hijastro y para su prometida.

Duncan Culhane y Andrea Sorrenson acababan de entrar en ella y Patrick advirtió en sus ojos el mismo brillo enamorado que había identificado en la mirada de su hijo. Iban de la mano, un dato interesante, puesto que Blackheart ya se había dado cuenta de que la mano derecha de Culhane era una prótesis. Debía de confiar mucho en la mujer que estaba a su lado.

La caja de música de Lalique los esperaba encima de la mesa, envuelta en un paño de terciopelo. Era increíble que un objeto tan pequeño pudiera valer una fortuna. Andrea soltó la mano de Duncan, tomó la caja y la abrió, dejando que la música flotara por la sala de reuniones.

—Es preciosa —dijo Andrea—. Mi abuela se va a llevar una gran alegría.

—¿Dónde la encontró? —preguntó Culhane—. No sabía que había conseguido recuperarla hasta que Griff me ha llamado.

—Lo hemos recuperado todo —contestó Blackheart con calma—. El resto del Tesoro Norenheld estará fuera de mercado hasta que se descubra quiénes eran sus propietarios originales, después, el dinero que se obtenga de su subasta será entregado al Museo Nacional del Holocausto.

Andrea Sorrenson comenzó a llorar.

—¿Cómo podré agradeceréselo?

—Era lo menos que podía hacer. Debería haberme dado cuenta de que Helms no era un hombre de fiar. Siempre he conseguido

sobrevivir gracias a mis instintos, pero esta vez los ignoré.

– Por lo menos ahora está muerto.

– Sí, en el fondo fue una suerte que recibiera un disparo de uno de sus propios guardaespaldas – comentó Blackheart con naturalidad.

Culhane lo miró fijamente, con una advertencia en la mirada.

– Debieron de tener alguna pelea entre ellos.

– Seguramente – musitó Blackheart—. Supongo que entre terroristas no hay ningún código de honor, Pero el caso es que su movimiento ha sufrido un serio golpe. Quizá no mortal, pero tardarán algún tiempo en volver a reagruparse.

– Nunca podré agradecerse lo suficiente – dijo Andrea Sorrenson.

– Ya lo ha hecho, señora Sorrenson – contestó.

– Pero hay algo que no nos está contando – observó Duncan.

– Si tiene más preguntas que hacer, puede hablar con Griff Cabot – contestó Blackheart—. Pero en realidad no creo que haya nada más que hablar, ya se están haciendo cargo de todo.

– ¿De verdad? – preguntó Duncan con recelo.

– Claro que sí. Y ahora, déjenme acompañarlos a la salida.

Andrea ya había envuelto la frágil caja de cristal en el paño de terciopelo y la sostenía con ambas manos, como si tuviera miedo de dejarla caer. Y de pronto, miró a Duncan, como si también estuviera deseando abrazarlo a él.

Blackheart le leyó inmediatamente el pensamiento. Andrea le tendió la caja a Duncan:

– ¿Te importaría llevarla?

Duncan la miró absolutamente asombrado. Andrea le había tomado la mano izquierda y no le quedaba más remedio que tomar la caja con la prótesis. Sin vacilar apenas, Duncan alargó el brazo, tomó

la cajita de música y se la metió en el bolsillo.

Blackheart los acompañó a través de la ajetreada oficina y estaba más que dispuesto a verlos marchar cuando Andrea Sorrenson le tomó la mano.

–Me gustaría hacer algo por usted –dijo en voz baja.

–Ya lo has hecho –contestó Duncan con una débil sonrisa
–.Buen disparo, muchacha.

Fin